

S. DOMINGUEZ.

ECOS DE UN RINCON

DE

ESPAÑA

(IMPRESIONES DE UN PASEO)

POR

SILVERIO DOMINGUEZ

VALLADOLID.

Imp, Librería Nacional y Extranjera de H. de Rodriguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1890.

P. 1412574 C.

R. 185913

Á MIS QUERIDOS AMIGOS
DE LA
TERTULIA.

—•—

Latente en mi pecho el sentimiento de la pura amistad que nos une, y acrecentado por la distancia, á VV., á la Tertulia, á ese grupo de inteligencias, á esa reunión de la que formé parte aunque por corto tiempo, dedico estos Ecos, reflejo de las impresiones recibidas en mi Patria, impresiones que han dejado honda huella en mi corazón.

Acepten esta dedicatoria como débil muestra del cariño que les profesa su amigo

SILVERIO DOMINGUEZ.

Buenos Aires 19 de Agosto de 1889.

I.

LA PATRIA.—LLEGADA.—EN EL PUEBLO

Es el retorno á la patria, la constante aspiración, el anhelo supremo, la esperanza del expatriado, el delirio del ausente. la monomanía del extranjero.

¿Que la patria es un mito?... que es la ilusion engañosa de un convencionalismo estrecho?...

Mentira, mentira y mentira.

La patria es la condensacion de todos nuestros afectos, es la síntesis de lo mas noble y elevado que puede sentir la criatura: la patria encarna la familia, el hogar, la amistad, los recuerdos de la infancia, la

noción de la vida y la aspiración del hombre: sin patria no concibo el sentimiento, no concibo el cariño, no concibo el corazón humano.

¡Patria!... expresión grandiosa que por completo dominas la organización humana, que subyugas lo mismo el corazón que el cerebro, la idea y el pensamiento!... si no existieras... el hombre sería únicamente ejemplar estúpido de la escala zoológica, indigno de gozar el desarrollo cerebral que ha alcanzado:

En la patria vienen á converger nuestros mas caros sentimientos, nuestras mas íntimas afecciones, y no en balde á su solo nombre late con fuerza el corazón, y vibra la célula nerviosa, porque la patria es la poesía de la vida y el culto sagrado de todo ser racional.

Suelo extraño, mundo desconocido, inmenso mar que aleje el rinconcito nativo, honda tristeza en el pecho, abatimiento en el ser, sufrimiento en el espíritu, he ahí un desgraciado que sucumbirá; haced ondear delante de el la bandera de su nacion, haced llegar á su oido un canto popular, eco fiel de los sitios queridos, murmurad el nombre sacrosanto de la patria y entonces el espíritu sacude con fuerza su material coraza, y tristeza y abatimiento y dolor se truecan en infinita alegría y vigor hercúleo, que responden al estímulo de la mas sagrada palabra, la patria!... encarnacion del hombre medianamente sensible.

Podremos tolerar un agravio, disculpar un ataque, perdonar una ofensa cuando sólo á nuestra indivi-

dualidad vaya dirigido. ¿Pero quién tolera, quien disculpa, quien puede perdonar el agravio, el ataque ó la ofensa á su patria?...

El salvaje lo mismo que el hombre civilizado, el de sentimientos obtusos como el dotado de exquisita sensibilidad, el ignorante como el instruido, todos responden al mágico llamamiento de la patria.

Pasan años y mas años ocupados en la diaria labor de la lucha por la vida en país extraño, y tras continuadas impaciencias, llega por fin el momento, suena la hora de regresar al país natal, y todo cambia desde este momento, todo se ve de color de rosa, todo es risueño, todo alegre: las personas y las cosas presentan un encanto que antes no distinguíamos, y nos encontramos em-

bargados por una infinita alegría sólo comparable al momento supremo de estrechar en los brazos á la mujer amada, ó al recobrar de improviso la fortuna que considerabamos perdida.

Sensación inolvidable que no cesa hasta que llega el supremo momento de pisar el suelo natal.

¡Oh!... entónces... no es dado á nadie describir lo que pasa por el pecho del feliz mortal; ni la pluma ni el lenguaje, ni los colores de la paleta, ni el cincel, ni nada conocido pueden traducir la profunda sensación que se experimenta.

Se va poco á poco acortando la distancia, y se tiembla, y se respira apenas pensando que se va á pisar el suelo pátrio; avanza rápido el tren, aunque no tanto como el deseo:

la agitación crece; se oye el estridente sonido al pasar el puente que divide dos naciones, al fin hemos llegado á la patria; la congoja invade el pecho, y las lágrimas saltan gozosas de los párpados, y se estrecha convulsivamente la mano amiga que suele acompañar en aquel momento: la vista quiere abarcar de golpe todo el territorio, quiere enviar una salutación al risco, á la ladera, á la montaña, al río, á la naturaleza de la patria, y el tren despidiendo borbotones de denso humo atraviesa por el valle para dejaros en la primera estación.

Se lanza del tren, y se pisa el suelo amado, y no se acierta á detener los impulsos del corazón: los brazos amigos se confunden, los pechos se estrechan, y el llanto dulce y acariciador alivia el pecho.

Se ve con alegría al guardia civil, al carabinero, se observa á los paisanos, y á todos os dirigis como si fueran antiguos conocidos, y á todos quereis estrechar la mano mientras una suprema é infinita alegría invade el organismo, que á duras penas puede soportar tan intensa sensación: estais en la patria, se respira otra vez su aire, os cobija el cielo soñado, os rodean los vuestros, estais en vuestra nacion, ya no sois extranjeros, ya se han cumplido los deseos: el pecho se ensancha, y se cometen mil locuras inconscientes, verdaderos fenómenos de compensacion como buscar á los pobres y llenarles las manos de dinero, tocar el suelo, besar las piedras, abrazar á los desconocidos, vagar de uno á otro lado sin rumbo ni direc-

cion, para darse cuenta que se está en la patria, que no es un sueño engañoso como tantos y tantos que se han tenido sobre este punto; entonces no es sueño es realidad, porque escuchais el acento nacional, sus peculiares interjecciones que os causan un verdadero placer, y sin notarlo os encontrais transformados por completo en otra individualidad que piensa y siente de distinta manera que antes.

Los hombres de elevada inteligencia nutridos en los estudios antropológicos, los que abarcando con su mirada de águila la humanidad entera no distinguen el rinconcito donde se meció su cuna, no suelen dar importancia al sentimiento patrio, y cuando observan los fenómenos que este sentimiento produce,

no titubean en clasificarlos de *sensimientos estrechos*, de *sensaciones de aberración*, ó desviada por la falta de preparación sociológica: ellos deben tener razón indudablemente, pero los que como yo sienten con pasión los llamados del sentimiento pátrio, los que poco ó nada versados en esos estudios especiales, conservan el recuerdo de sus primeros años frescos en la memoria, se conmueven profundamente ante la idea de la patria, y entiendo por patria no solamente la nación, la provincia, el pueblo, la casa y hasta la alcoba donde vimos la luz primera, sino también el simbolismo hasta de nuestras preocupaciones.

Si los hombres de elevada inteligencia, de altas miras, de profundos conocimientos científicos, tienen

y no pocas preocupaciones, triviales las más, ¿cómo es posible que los de limitado desarrollo cerebral no las tengamos también?...

Pueblo humilde, gente sencilla, costumbres primitivas, ermita austera donde brille una imagen, corazones, que crean y no duden, tradición que afirme, y espíritus dispuestos para el sentimiento, y ya tenemos la creencia religiosa afirmada: será una de tantas preocupaciones, será todo lo que se quiera, pero esto también es parte integrante del sentimiento patrio: no se analiza, no se investiga el por qué, ó la razón de su arraigo, pero ello es que se siente, que habla al corazón, como habla la ladera, como habla la montaña tantas veces vista, el río, la puerta, el camino, el atajo, la iglesia, la humilde

casa, el camposanto, la calle estrecha, la plaza, la fuente, y como habla la naturaleza en el sitio querido, evocando recuerdos alegres, y trayéndonos la realidad del grato eco que creíamos percibir en los momentos del deseo patrio, ó en las divagaciones del sueño engañoso.

*
* . *

Ya estamos acariciados por la brisa de la patria, todo cuanto vemos nos habla al corazón, pronto se llegará á divisar el pueblo natal: los cerros que vamos dejando atrás, vistos tantas veces cubiertos con la blanca vestidura de la nieve, como adornados con el verde manto de la primavera nos recibe alegremente enviando el eco de la voz; el río al deslizarse por su lecho tortuoso y

saltar por precipicios y cascadas también manda su saludo cariñoso haciendo llegar hasta nosotros el éco de su murmurio tantas veces escuchado en la infancia: la piedra al rodar por la ladera parece como si quisiera daros la bienvenida, recordándoos otros tiempos en que os deleitaba ver sus saltos hasta caer al fondo del barranco y producir el hórrido estruendo que agigantaba el éco de aquellos sitios solitarios: la perdiz que se escurre entre la maleza, el gilguero que salta gozoso trinando alegre por las ramas de los arbustos, la paloma torcaz con su peculiar arrullo, el chirrido de la cigarra, el agudo canto del grillo, todo habla al sentimiento y todo parece enviaros un cariñoso saludo.

La solitaria choza del pastor

asentada en abrupta pendiente, el corral que se divisa en la meseta de la montaña; el humilde rebaño que apenas se alcanza á ver, os causa gratísima sensación, como la silvestre florecilla que envía su fragancia para recordaros vuestras correrías de niños por aquellos vericuetos.

Se acorta mas y más la distancia que separa el pueblo, y ya percibís el sonido que tiene la naturaleza toda, la brisa del viento al deslizarse por cerros y calzadas, el canto peculiar de las aves, los écos que repiten nuestras exclamaciones como fieles fonógrafos inventados por el dios de la soledad: el murmullo del regato al esconderse entre peñascales, las hojas de los árboles al ser agitadas por la brisa, todo os sale al encuentro y os anuncia la tierra

querida, el rincóncito soñado de vuestros anhelos, y sin poderlo remediar os sentís embargados por una alegría y ternura inefables.

¡Qué sublime parece la naturaleza!!... ¡qué bueno y noble el corazón humano!...

Al doblar el cerro se va á ver el pueblo, se acelera el paso, se corre con la embriaguez del deseo, y como aquél que corre veloz para levantar un tesoro que otro viene á disputarle, así de esta suerte, respirando á penas, inyectados los ojos, sudorosa la frente, y agitado violentamente el corazón, os lanzáis por el camino del atajo y conseguís por último ver, lo que produce una sacudida que paraliza los movimientos, y os hace sentir fuertes martillazos en el pecho y dolorosos latidos en las sienes.

¡Ese es el pueblo!!... la congoja embarga el pecho, las lágrimas se desbordan atropelladamente de los párpados, y, permanecéis estáticos contemplando lo mas querido: por el camino os salen al encuentro el grupo que forman la familia y los amigos, los conocidos y desconocidos; y los veis correr hácia vosotros para cuanto antes estrecharos en sus brazos: Dos ancianos de nevada cabeza, paralizados por el júbilo no pueden seguir al grupo que corre, quedan absortos al divisaros en la revuelta, y vosotros que seguís estáticos ante el espectáculo que se ofrece á la vista, los que os dieron el sér allá léjos embargados por la alegría, los mas vigorosos que van llegando atropelladamente, los muchachos que ya llegan, trayendo en sus frescas fac-

ciones el retrato de sus padres ó de sus abuelos; el pueblo con sus casas apiñadas, los tejados colorados, las chimeneas que despiden los penachos de trasparente humo, las huertas con sus dibujados sembrados, las cercas cuidadosamente conservadas, la iglesia de antiguo campanario con sus anchas grietas donde anida la paloma, la ermita de la Virgen que se destaca sobre el pueblo con su sencilla y risueña fábrica; el río y la represa, el camino y el atajo, la ladera y la montaña, el cielo, y el suelo por donde escarban las gallinas y haraganean los perros, y cerrando el cuadro el follaje de las huertas y la bruma de las escalonadas serranías.

Se quiere hablar, pero la lengua se resiste á articular la palabra;

quereis correr hácia vuestros ancianos padres, y los músculos permanecen rígidos, y estáis con la frente inundada de sudor, con el corazón que pretende romper el pecho, y con un organismo, que á duras penas puede soportar tal emoción, hasta que los sollozos descargan el pecho y podeis por fin arrojaros en el regazo dulce y santo de los que os dieron el ser, reconcentrando en él toda la existencia.

Esta tentación nos deja enervados, porque en aquel momento se goza del mas intenso deleite que es dado experimentar á un mortal: por eso sin notarlo se bendice á Dios que ha permitido realizar el sueño de la vida, la aspiración constante de la existencia.

A esta se van sucediendo milla-

res de emociones, al estrechar al amigo, al ver á la familia toda, emociones especiales para las que no estabais preparados: creiais encontrar jóvenes á los padres y los veis de blanca cabellera, sosteniendo el peso de los años tal vez con el solo objeto de poderos abrazar antes de morir: creiais encontrár al amigo con quien se jugaba en la escuela, ó al condiscípulo de Universidad, y os sorprenden personas más ó menos cargadas de canas que inician poco á poco el camino de la vejez: queréis ver á la bella joven por la que más de una vez suspirasteis, joven de flexible talle y aterciopelado cutis, de fuego en el corazón, y encontrais una señora de edad, cargada de hijos, á quien ya llaman abuela; aquel talle, aquel color, aquel cutis, aquel fuego

todo desapareció para trocarse en una mujer de pueblo, sin talle y sin encantos, aquella cabellera tan celebrada en su juventud, os encontrareis con los ancianos que no lo eran cuando vosotros erais niños, y así de sorpresa en sorpresa, suena por fin la campana del reló de la iglesia, y suena la campana de la ermita, y recordáis aquel sonido que acariciaba vuestra fantasía en los momentos del sueño engañoso que os trasportaba á la patria: ahora se oye en realidad: estáis en vuestro pueblo.

Vienen á saludaros conocidos y amigos y vecinos que véis por vez primera; pero que traen á vuestra memoria sucesos ya lejanos, llega el momento de la comida, y aquellos platos, aquel gusto, aquella manera de servir, el agua, el vino, los guisos,

todo produce agradable sensación y os recuerda la época de la poesía, la infancia: aquel brindar tan cariñoso y sencillo, aquella oración antes de levantar los manteles os enternece, y cuando rendidos, no tanto de la fatiga, cuanto de las fuertes impresiones que estáis recibiendo, buscáis el descanso, también os esperan las sorpresas: allí está la colcha de la cama, aquella tradicional colcha que sólo á los huéspedes se ponía, aquellas limpias sábanas, blancas como la nieve de la montaña, que huelen á regazo materno; aquella pila del agua bendita, aquella imagen de la vírgen á la cabecera, aquel retrato nuestro, aquel ambiente, aquella alcoba que oyó nuestros primeros gemidos, todo os acaricia, todo os envía una salutación, todo lo mi-

rais y todo lo palpáis comó si quisierais devolverles sus saludos.

Después de recibir las caricias de los padres, cerrais los ojos, reconcentráis el espíritu, y os sentís verdaderamente felices, os encontrais envueltos en una atmósfera igual á la que deben tener en las mansiones celestes, los ángeles del cristianismo.

*
* *

No bien despunta la aurora se oye el ladrido del perro, ladrido característico que anuncia la salida del hombre de campo para cultivar la tierra: el canto madrugador del gallo, ora ronco, ora estridente, ya corto, ya prolongado, y que va perdiéndose en los últimos arrabales: los pajarillos que entonan sus trinos á porfía parándose en el marco de la ventana

ó en los aleros del tejado, lo que hace dejar el lecho para verlo y escudriñar todo antes que la mano amante de la madre traiga el desayuno.

Hermoso ambiente!... magnífica perspectiva!!

De todas las chimeneas salen las espirales del azulado humo: las ventanas de las casas ostentan las ropas de las camas, que la fresca moza, despeinada aún, va poco á poco colocando al compás de sus cantares que alternan con el alegre piar de los gorriones que vagan juguetones por los tejados: se oye el valido de la cabra y la oveja que van camino de la montaña: por las calles cruzan las recuas de caballerías con dirección al campo, produciendo en el empedrado de las calles el ruido seco del chocar de las herraduras: el ta-

ñido acompasado de la campana chica, ó campanillo llama á los fieles á la primera misa, y en el acto se ven aparecer algunas devotas con su lejendaria mantilla para cumplir la cristiana obligación.

Se huele á pueblo de montaña, olor característico de leche y romero, de estiércol y frescura que no puede compararse á nada conocido: los trajes de los campesinos; la moza que con el cántaro sobre la cabeza lleva airosa el agua cristalina de la fuente: los muchachos medio soñolientos que cruzan las calles corriendo por el empedrado desigual, y saboreando un descomunal pedazo de pan moreno, todo esto causa una estrañeza tal que obliga á restregarse maquinalmente los ojos para tener la evidencia de no estar soñando.

Se va de sorpresa en sorpresa; ya se escucha el bando del alcalde constitucional anunciado á tambor batiente, ya una diligencia ejecutada por el alguacil: ó se presencia una disputa entre mujeres del pueblo, disputa altisonante y escandalosa, por una frivolidad casi siempre: aquel hablar estrepitoso, aquellas maneras tan faltas de convencionalismo, aquellos trajes, aquellas costumbres, aquel todo que se cierne sobre los pueblos, en lugar de causaros repulsión, por el contrario produce un efecto de simpatía y adhesión, como lo produce todo lo que es natural, todo lo que es sencillo, todo lo que es espontáneo.

Las rondas! aquellas rondallas de guitarra y guitarrillo, que recorren las calles del pueblo con su típico rasgueo de jota, parándose debajo

de las ventanas por donde asoma tímidamente la garrida moza; aquellas rondas que no tienen en verdad nada de estético, agradan sobremanera; los cantares coreados por voces sin pulir, las cuerdas no muy templadas, y los tiempos no bien ajustados, no pueden producir una armonía grata al oído; sin embargo, sea porque sintetiza la costumbre popular, sea por lo que quiera, ello es que agrada, y en aquellos momentos á buen seguro que no lo cambiaríais por una órquesta. Se piensa que en la niñez, cuando se oía la ronda se deseaba llegar cnanto antes á la juventud, para tocar la guitarra, cantar y acostarse á la hora que mejor cuadrara, sin tener que obedecer al mandato materno, tiránico en la primera edad.

El baile en la eras, punto de atracción del elemento j6ven del pueblo produce tambi6n grata sorpresa.

Desde las dos de la tarde en los d6as festivos van acudiendo las mozas con su traje de colorines, con su ramito de albahaca 6 claveles, esperando al mozo que la festeja, y con quien bailotea toda la tarde sin importarles ni el calor ni el frio, ni el polvo ni la lluvia: jota y m6s jota, pitoneo y escarbadas, y alegres cantares se suceden sin interrupci6n en el sitio del baile, reinando una algazara, propia de los peque6os pueblos. ¿Qu6 se hicieron de aquellas mozas art6sticamente formadas? que de aquel su peculiar garbo? Donde se ha escondido aquel recato y aquella ingenuidad tan decantadas? D6nde se han ido aquellos mocetones jaques y bien

plantados? Nadie lo sabe: de todas maneras el baile dominguero todavía tiene para el que ha pasado algunos años alejado de su patria, un encanto especial que se saborea con verdadero gozo.

La oración de *Ave María*, obliga á descubrir la cabeza y acompañar en la salutación al cura ó persona respetable que inicia el rezo: es de ver como acuden los muchachos boina en mano en derredor del grupo, cómo todos detienen el paso al oír la primera campanada, para rezar la salutación, medio en latin y castellano dándose con esto terminado el día.

Los pueblos no han modificado sus costumbres, se conservan aferados á ellas y prometen seguir así por muchas generaciones: se derrum-

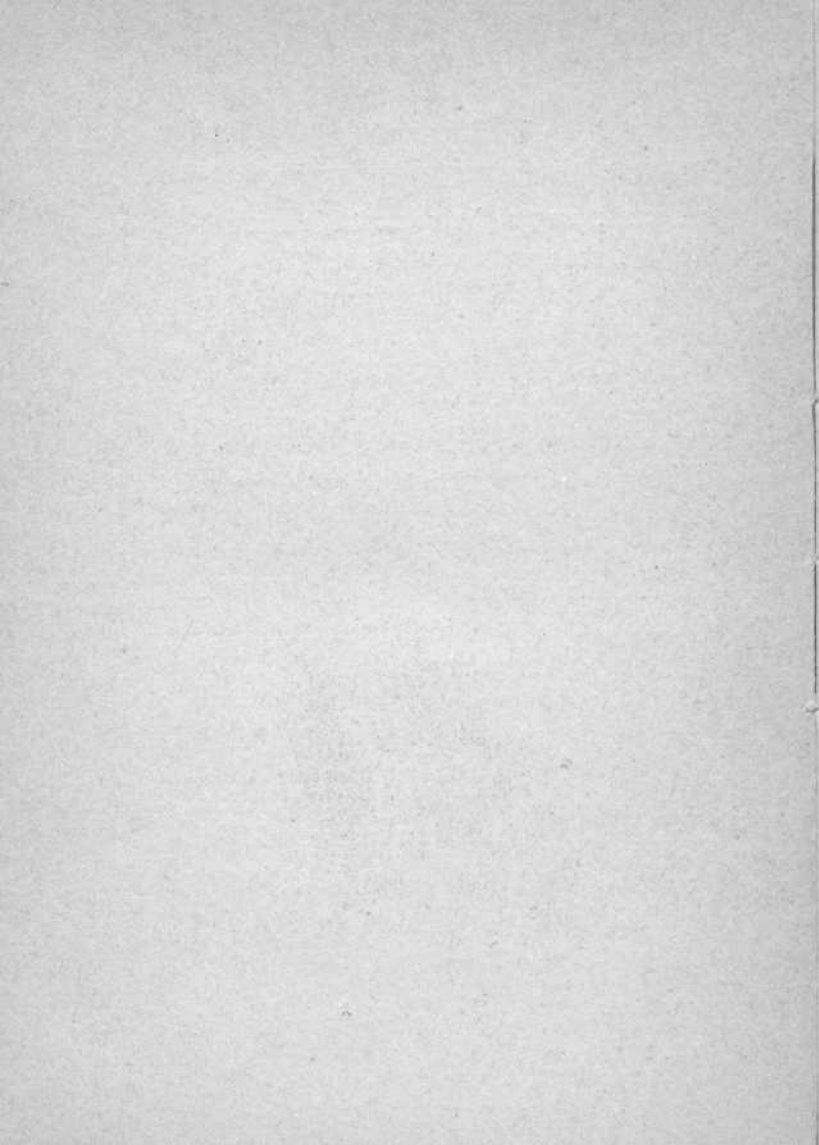
ban la mayor parte de las casas, desaparecen poco á poco las huertas y cercados por la impetuosidad de arroyos y vertientes, pero la tradición, las costumbres primitivas se concentran cada vez en los hogares como si estuviesen temerosas de ser también arrasadas por alguna creciente ó derribadas como la mayor parte de los viejos edificios.

En los pequeños pueblos no cabe el hastío propiamente tal, se hace una vida sencilla en que ora subiendo al cerro, ora discurriendo por el valle, ya cazando por los apriscos, pescando en el rio, ya herborizando por la montaña, se pasa el día en plácida calma, contemplando á cada paso á la naturaleza, y viniendo á identificarse con ella, para compensar los años de ciudad y sociedad

exigente en que hemos estado envueltos, sin notar mas que el estrecho convencionalismo de las grandes agrupaciones de las sociedades cultas y exigentes.

Las impresiones que se reciben en el pueblo, con ser las primeras, dejan gratísimos recuerdos que duran toda la vida; borrándose las pocas malas impresiones y quedando la poesía y el encanto de aquel sitio querido, con su aroma y su verdor, con sus valles y montañas.





II.

VALLADOLID.

Paisajes castellanos.=Llegada.=La ciudad desde el mirador.=Trasformaciones.=Universidad.=El Museo.=La Biblioteca.=La Catedral.=San Pablo.=San Gregorio.=Ciudad antigua.=La Plaza.=El Pisuerga.=El Campo Grande.=La ciudad nueva.=El rinconcito querido.

¡Salud noble Pincia! Mansión predilecta del arrogante Romano! Valle risueño del musulmán que un día te poseyera con delicia: Cuna de la nobleza Castellana; antiguo palacio de la monarquía, asiento de la ciencia: museo de las edades antiguas, patria de la poesía, tierra hidalga, ciudad hermosa ¡salud á tí y á tus hijos!!

De nuevo te he contemplado con admiración y con el respeto que merece tu pasado y tu presente, de nuevo he gozado en tu regazo, Valladolid querida, y de nuevo he sentido la honda pena, el amargo dolor de perderte.

¡Mansión de la amistad y de la franqueza, de la sencillez y de la hombría de bien, deja que sueñe contigo, que me trasporte á tu recinto y que describa las impresiones que sentí al verte y contemplarte otra vez después de largos años de ausencia.

*
* *

El tren salvaba precipicios ora penetrando en las oscuras entrañas de la montaña, ora saltando por atrevidos puentes, dejando atrás hondos

valles tapizados por fresco verdor, y pueblecitos recostados en las faldas de los cerros: de vez en cuando se presentaban á la vista como si fueran cuadros disolventes las ruinas de algun monumental castillo, viejo testimonio de la edad media; castillo asentado en la roca dura donde se defendía el honor y la patria, la religión y la familia: donde imperaba la ley del más fuerte, y donde brotaban aquellas trovas provenzales guardadoras de la poesía y de la leyenda; por aquellos derruidos torreones salía la gentil Castellana para escuchar la endecha del apuesto mancebo que no podía pasar el rastrillo; de aquellas almenas pendían los yerros despojos del traidor ó desgraciado que sufría el enojo del conde: ¡Cuántos recuerdos! cuántas fechas

memorables no evoca la presencia de estas tétricas moles de piedra!

Al Castillo no tarda en sucederse el solitario monasterio de largas galerías y empinada torre, en un tiempo albergue de la ciencia y de las artes, y refugio de todo corazón lacerado, hoy derruido y abandonado, donde anidan las águilas y campean toda clase de alimañas, sin que el fervor religioso, ni las armonías del canto sagrado rompan la soledad del viejo monumento; allí permanece como protesta muda de otro tiempo que ya no volverá; en vano invocará á las turbas del pueblo que allí se refugiaban huyendo de la barbarie feudal ó de la tiranía monárquica: en vano les dirá que aquel refugio sagrado era el solo que afrontaba la barbarie y la tiranía, como repre-

sentante del progreso de aquella época: ya pasó para jamás volver y el pueblo ni sabe ni quiere entenderlo, y deja que la lluvia y el sol, que el vendabal y la tormenta vayan poco á poco terminando su obra de destrucción, hasta que de sus ruinas saque cómodamente la piedra labrada para modernas construcciones.

Se dejan atrás estaciones y más estaciones, cerros y esplanadas, colinas, valles y pueblecitos de aspecto mísero muchos de ellos, hasta que se presenta un histórico monumento que se contempla desde el ferro-carril con veneración y respeto: la gran Cartuja, el gótico monasterio de severo aspecto asentado en la esplanada, se levanta imponente en medio de un cielo brumoso y de una naturaleza áspera y muerta, triste y ra-

quítica que convidan al recogimiento, las ideas lúgubres inundan el espíritu como en la contemplación de un cementerio.

Carreteras, alamedas solitarias, caseríos de oscuro tinte y por último Burgos con su magestuosa catedral de calados chapiteles, de afiligranadas agujas que resucitan las edades de la grandeza y poderío de España.

A la vista de Burgos surge rápida en la imaginación la sombra legendaria del Cid, encarnación del caballero castellano, y sin quererlo se repasa en la memoria todo el *Romancero*.

Una presión de ánimo se experimenta al contemplar la ciudad medio dormida; sobre la que se cierne un cielo pardo y sombrío, como si fuera

el crespón que ostentara la naturaleza por la pérdida de aquella grandeza y de aquella preponderancia de la vieja ciudad castellana: por allí ha quedado la honradez y la franqueza ruda que les legara el legendario héroe Burgalés.

Otra vez se arrastra el tren cruzando paisajes solitarios donde pace el ganado de blanca lana, y la noche empieza á cubrir la naturaleza con su manto negro, y se sueña despierto con Valladolid al que nos vamos acercando ya: ¡qué emoción tan agradable! ¡qué satisfacción tan íntima! se abre la ventanilla del coche, se aspira con delicia el aura de Campos, queremos penetrar las tinieblas para contemplar el paisaje, pero todo inútilmente!... Solo se ve el resplandor que despide la máquina, y las chis-

pas que lanza en el espacio la chimenea envueltas con las bocanadas de denso humo.



No hay que consultar la guía ni mirar el reló, estamos ya cerca porque el corazón empieza á golpear el pecho, ¡qué despacio marcha el tren para nuestra impaciencia!...

Sin que las partículas del carbón, ni las chispas de la máquina ofendan ya, sacamos el busto por la ventanilla como pretendiendo acortar la distancia que nos separa: ya se percibe el resplandor que anuncia la ciudad, silva la locomotora, pasamos por el cambio de vías produciendo el ruido penetrante de las planchas de acero, y hétenos ya en el andén

y en los brazos queridos de la segunda madre, de la familia toda y de los amigos predilectos, y respirando á pleno pulmón el aura de la ciudad querida, de Valladolid.

La misma estación, iguales ó parecidos grupos, el mismo callejón de salida, los mismos *ómnibus*, las mismas voces, ofreciendo fondas y hoteles y casas de huéspedes, todo como yo lo dejé; se respira de aquel aire, aquel ambiente, aquella atmósfera que tiene un no se qué de estimulante y acariciador para mí.

El tran-via, no conocido en mi época, parte próximo á la estación haciendo sonar los alegres cascabels de las colleras de las mulas; se penetra por el *Campo grande* con sus largas hileras de luces, con sus antiguos bancos, y con el bosque á

la izquierda que llama fuertemente mi atención, como las soberbias construcciones modernas; se nota el progreso, sale al encuentro el adelanto, y de la misma manera que se experimenta el goce y el orgullo por el estado próspero de una persona querida, así al tiempo que yo penetraba en la ciudad contemplando sus progresos me enorgullecía y me llenaba de satisfacción, porque aquello me era por demás querido, algo así como propio de lo que forzosamente tenía que participar.

El paso de los tranvías, el estridente ruido de los ómnibus, el rodar de los carruajes, el golpear y el repiqueteo en todas las puertas, todo ello me llenaba de satisfacción, y en vano esperaba para encontrar la fidelidad del eco de otros tiempos, aquel

monótono canto de los serenos, que felizmente el progreso ha hecho enmudecer.

*
* *

Acostumbrado por largos años á la vista de construcciones modernas de azotea y balaustradas, de columnajes y cornisas especiales, blancas las más y de colores risueños la mayor parte, al asomarme al mirador y desplegarse ante mi la calle de Santiago experimenté una de las impresiones más agradables; aquellas casas llenas de balcones con sus cortinas clásicas, aquellos miradores, aquellas puertas, aquel tinte antiguo, aquellos tejados, aquellos paredones del convento, aquella vieja iglesia de Santiago, aquella perspectiva donde destacan las variadas formas de

las casas, todo aquello lo miraba con cariño y avidez, y recordaba la semejanza de cuando yo la veía tantas veces en mis sueños.

Miraba la calle, por allí pasan los vendedores ambulantes pregonando á voz en cuello sus mercancías de *palominos, pollos, gallinas, huevos*, y demás que traen los lugareños á la ciudad; por la calle iba la panadera deteniendo sus borriquillos delante de las puertas: veía á las sirvientes traer á la cadera ó en la cabeza los cántaros de agua de la fuente dorada; otras que con la gran canasta se dirigían al mercado, muchas acompañadas de su respectivo soldado cortejante que invariablemente las espera á la puerta de la calle; aquel ir y venir de los militares de todas armas y graduaciones: aquel campa-

neo en todas las iglesias de la ciudad, me causaba una alegría de muchacho, estaba en realidad en Valladolid; pero no todo me parecía igual, echaba de menos algo importante algo que formaba el carácter de las calles, y este algo era el antiguo tipo popular que yo no veía pasar. ¿Qué se hizo de la vallisoletana de aparejo redondo sencilla y frescachona? ¿qué de aquellas chalequeras y artesanas que formaban el verdadero tipo castellano que nada tenía que envidiar á otras provincias? ¿que se hicieron de aquellos sencillos peinados, de aquellas faldas, de aquellos mantones, de aquellos abrigos distintivos de peluda lana?... ¿Dónde se ha ido el artesano castellano de chaqueta y pantalón holgado?...

Ahora solo distingo unos tipos que

me trasladan sin poderlo remediar á los barrios bajos de Madrid:

La castellana se ha trasformado en chula de flequillo y patillitas rizadas, de manton *de clase* y con el aire manolesco propio del Lavapiés: el artesano está convertido en un chulo *crudo* de pantalón estrecho, de chaquetilla torera, de gorra clásica ó sombrero cordobés, de chuletilas encorvadas y del todo afeitados para tomar el aspecto de novilleros, siendo grandes partidarios de la flamencomanía, no solamente en el vestir y en el andar, hasta los pilletes cantan flamenco cuando van por las calles, en lugar de aquella jota que antes se estilaba.

¡Lástima que el pueblo no conserve su tipo y sus costumbres como se conservan en otras regiones!!

La modista está trasformada en elegante señorita de corte francés, ¿pero, y donde están las mantillas?.. aquellas mantillas españolas que con tanto garbo y donaire llevaban en Valladolid?.. el sombrero y la gorra han venido á reemplazarlas, y por casualidad se puede ver una entre la gente rancia genuinamente conservadora; aquellos bustos de mantilla tan celebrados, ya no se encuentran, se ve el lujo exótico campaar en todas las clases, sin que haya quedado otra cosa que el aire clásico que tanto ha distinguido y distingue á la mujer española.

*
* *

¡Qué de emociones no se reciben al salir de casa y recorrer las calles, donde en cada sitio, en cada esquina,

en cada casa tenía un mundo de recuerdos, y testimonios históricos de gran valía. Recorrer las calles de Valladolid es recorrer la historia patria, y trasportarse á otras épocas de nuestra grandeza; el historiador, el erudito, el curioso, el artista tienen donde poder satisfacer las necesidades de su espíritu, cuando contemplan un sitio célebre, un monumento, un palacio, una obra de arte, que aunque mudos testigos parece que están pronunciando los nombres más célebres de nuestra historia en política, en ciencia, artes y opulencia: estoy saboreando el arte de sus monumentos desde el estilo Bizantino de San Pedro al ogival de la Antigua, y el Plateresco de San Gregorio y el Museo, al Greco-Romano de la Catedral; tengo á mi disposición el

Museo de escultura donde se conservan las goyas del gran Berruguete: puedo deleitarme con la visita que haré á todos los sitios, á todos los templos, á todas las casas donde tengo algo que admirar y todo lo recorro como si esto significara el retorno de una edad feliz, en que todo se veía, pero no había criterio ni preparación para valorar tanta riqueza artística, y tanto documento de piedra.



UNIVERSIDAD.

Grande fué la impresión que me produjo la vista de la Universidad, de aquella elegante y artística fachada, limitada por la profusión de columnas heráldicas de mérito escultórico indiscutible; aquellas arrogan-

tes estátuas de las facultades, de aquellos reyes; aquellos escudos de granito, aquellos columnajes, aquel templete que todo ello constituye un monumento artístico digno de la grandeza de aquel templo de las ciencias, de aquel emporio del saber, hace que reverentemente se le salute sombrero en mano como merece institución de tal valía.

Delante de la Universidad viene á la mente el siglo XIII época; de su fundación: y los nombres del arzobispo Don Rodrigo, el papa Urbano IV, y el Rey Alfonso onceno asoman á los labios del menos versado en el conocimiento de la historia patria.

En aquella Universidad se reconcentró la ciencia de la época, desde tierras remotas venían atraídos por

su fama, para escuchar las lecciones de los sabios maestros, los hombres de ciencia, que luego difundían los conocimientos del saber por todas las partes del mundo.

En aquella Universidad fundó Felipe II la célebre cátedra de Cirugía: allí estuvieron el eminente anatómico el gran Alonso Rodriguez de Guevara, lumbrera de la ciencia española, y el no menos célebre Montaña de Monserrat, quien se hacía conducir á la edad de 70 años en una silla de mano por encontrarse imposibilitado de la gota, para no perder las sabias lecciones de Guevara; por aquel entónces quedó demostrado que la ciencia Anatómica tenía su asiento en Valladolid, Bolognia y Mompeller.

¿Quién contempla la Universidad

y no recuerda al gran Vallisoletano Don Dionisio Diaz Chacón? aquél cirujano de Cámara del emperador Carlos V y Felipe II; aquél cirujano célebre de nuestras guerras en Flandes y en Italia, y á quien le cupo la suerte de ser el cirujano mayor en el glorioso Lepanto, y quien primero obtuvo una justa y merecida jubilación del Estado?

El Doctor Oñate, Monserrat, el gran Mercado, Herrera, el divino Valles, estos y otros nombres á cual mas gloriosos vienen á la memoria del que visita la Universidad, aquella Universidad cuya campana conmovía al pueblo castellano anunciando los sucesos extraordinarios.

Cerradas estaban las aulas por ser época de vacaciones, pero cuando penetré en sus patios, y recorrí sus

ámplicas galerías, sus majestuosos claustros, mi emoción era inmensa; allí había yo pasado mi vida escolar, allí confundido entre aquella aglomeración bulliciosa de estudiantes, dando vueltas y mas vueltas por sus claustros, libro en mano, esperaba impaciente la hora de la clase: por allí se veía aquellos venerables togados de colores diversos en las mugetas, caminar reposados desde la sala de profesores á sus respectivas cátedras: allí estaban confundidas todas las facultades, allí se narraban y comentaban las hazañas del gremio: allí se hacían las íntimas confidencias, allí se concertaban las estudiantinas y las ruidosas manifestaciones: allí se guardaban los estandartes y banderas veneradas con el precioso escudo y armas de

la institución: allí está aquél solemne y temido salón de grados, allí aquella capilla y paraninfo donde se hacía la distribución de premios, y la solemne apertura del curso: allí la rica biblioteca: allí, en aquella Universidad estaba condensada la época feliz de la vida, la vida estudiantil, y al discurrir por aquel sitio me parecía que aquella juventud en la que yo formaba, entraba y salía de las clases, que discurría alegre por aquellos sitios, que oía su característico bullicio, que escuchaba las voces conocidas, que veía al anciano profesor de cara bondadosa; me parecía que no habían pasado los años, y que mi visita era motivada, para tomar matrícula en la secretaría.

La Universidad guarda el tesoro de su fama y de su glorioso pasado,

porque su actual claustro de profesores hace honor á la ciencia española. ¡Cuánto saber, cuanta modestia, y cuánta sencillez!...

*
* *

EL MUSEO.

En un tiempo llamado colegio mayor de Santa Cruz, bellissimo y elegante monumento de arte, tan magistralmente descrito y estudiado por el correcto y castizo crítico Muñoz Peña, parece como si estuviera pronunciando los nombres del cardenal Mendoza su fundador, y el de los afamados artistas como Berruguete Juni y otros cuyas obras guarda en su interior.

El aspecto que presenta este monumento del estilo Plateresco del

renacimiento, es en extremo agradable por la gran pureza de sus líneas y por la correcta proporción de todas sus partes. ¡Qué de recuerdos no asaltan la mente al penetrar en su recinto, y pasar revista á sus amplias galerías!!...

Allí están los lienzos que adornaban los muros de los antiguos conventos: allí esta la encarnación de la vida asceta y de la vida artística; allí se conservan los grandes cuadros de las salas capitulares, allí los retratos de abades, monges y hombres ilustres en religión y ciencia: allí están formando la galería pictórica más de *ochocientos cuadros* de aquellos entropaños, aquellos adornos especiales de los grandes monasterios; allí se encuentran obras maestras de Zurbarán, Carducho, Cárdenas, Díaz,

Lucas, Jordán y otros notables artistas, obras que animan el espíritu con fuerza misteriosa, y para cuyo estudio crítico no contamos con fuerzas bastantes por falta de competencia y preparación; pero que no por esto dejaron de producir en mi ánimo una de las más gratas impresiones como producto de todo lo artístico, de todo lo grande.

En aquellas galerías llenas de tallados y estatuas, de imágenes, de sillerías antiguas y espresiones diversas del arte escultórico; se siente una impresión estraña al ver mezcladas en desórden una Purísima con un Nazareno, San Benito con un trozo de púlpito, San Juan al lado de un monumental misal; una colosal sillería al lado de una Dolorosa, un busto y un torso al lado del Dios de

las venganzas, una mano, un pié, junto á un San Francisco, obras todas que proclaman la preponderancia de Valladolid, con su época de gloria, con su pleyade de artistas, con su riqueza y con su esplendor.

En aquellas galerías se pueden contemplar las obras escultóricas, de Berruguete, Hernandez, Juni, Leoni y tantos otros que han dejado marcado en sus obras el sello de la época artística; época eminentemente cristiana; no busquemos el desnudo, no busquemos los atrevimientos de la escuela de Miguel Angel, allí destaca el plegado, la posición, la animación del fuego sagrado de aquellos rostros; busquemos imágenes vayamos trás la representación del simbolismo cristiano, allí está y en verdad que de una manera notable.

Allí se contempla la colosal efigie de San Benito: parte del célebre retablo de aquel convento: la rica sillería del coro llena de filigranas y artísticos adornos de incalculable mérito: allí están el San Antonio, San Juan, la Magdalena, San Pedro Regalado, el Bautismo de Cristo y el *Ecce homo*, el Duque y la Duquesa de Lerma de inapreciable mérito, y multitud de obras escultóricas que constituyen la primera galería de España.

Vayan los artistas, vayan los eruditos, que allí encuentran donde admirar el arte, y donde estudiar las obras maestras de la escultura y del tallado primoroso, y quede para mí la sola contemplación de tanta riqueza artística, y la estupefacción que su vista me produjo al verlas de nuevo con algo más de criterio.

LA BIBLIOTECA.

Aquel precioso archivo de la inteligencia humana produce un religioso respeto al penetrar en su recinto, como el que se siente bajo las ojivales arcadas de un suntuoso templo gótico. Aquellas altas bóvedas, aquel larguísimo salón con su preciosa estantería de columnas salomícas, y afiligranada crestería; aquellos escudos, aquellas interminables hileras de volúmenes, aquellos pergaminos, aquellos inapreciables manuscritos, aquella severidad, aquellos antiguos pupitres, aquellas vetustas sillas, sus talladas puertas, todo está de acuerdo con la magnificencia del humano entendimiento, y por eso en aquel grandioso local, ni se puede ni se acierta á levantar la voz, tal

es el respeto que infunde, y el efecto que produce en el que lo contempla.

¡Qué de recuerdos no traía á mi memoria la biblioteca! allí en aquel pupitre, sentado en el viejo sillón hojeaba un libro de texto para repasar la lección del día, *en los que el mio había mudado de domicilio.* ¡Con qué afán quería trasportar á mi memoria su contenido! Aquel sepulcral silencio, aquella atmósfera predisponían al estudio, y en su recinto no fueron pocas las veces que aprendí de memoria la lección que me correspondía.

Al salir de la suntuosa biblioteca se experimenta una sensación de pena, como en la despedida de una persona querida, y es que allí se está en plácida calma, ningun ruido distrae el espíritu, y aquella calma y

aquel aislamiento deben ser algo parecidos á la vida beatífica.



LA CATEDRAL.

Magestuoso monumento, coloso de piedra, recuerda al Escorial por lo suntuoso y severo de su fábrica.

Fundada la catedral por el magnánimo conde Ansurez, dada nueva traza por el cardenal Torquemada y la que actualmente presenta por Felipe II con el diseño del gran Herrera, se la contempla con asombro cual gigante de otra época, y á estar terminada compitiera y tal vez hubiera excedido al renombrado panteón de los reyes de España.

La soberbia fachada con sus esbeltas columnas dóricas, con sus co-

losales escudos, con sus gigantescas estátuas ya indica lo monumental de su fábrica.

Aquellas estupendas naves frías como la piedra que las forma, aquella falta de adornos, aquella severidad de las líneas del renacimiento clásico, aquella austeridad, aquel frío glacial, retratan la siniestra, lúgubre y descarnada figura de Felipe II; toda la ornamentación consiste en grandes y elevadas pilastras de corintios capiteles, tribunas de blancas balustradas, grandes cornisas, de un exquisito gusto y de una clásica corrección es verdad, pero abruma la unidad, abruma tanta pesadez, tanta piedra lisa.

Sus dos monumentales órganos de celestiales registros esparcen sus armonías que repercuten de bóveda

en bóveda llenando el recinto de una magestad augusta cual debe tener el templo cristiano.

Allí está el sepulcro del Conde Ansurez con la poética inscripción:

*Aquí yace sepultado
Un conde digno de fama,
Un varón muy señalado,
Leal, devoto, esforzado,
Don Pedro Ansurez se llama.
etc., etc., etc.*

En el coro, limitado por la monumental reja de colosales proporciones, se admira la gran sillería que en un tiempo perteneció al convento de San Pablo, sillería regalada por el Duque de Lerma, y de un valor artístico inapreciable.

En la Catedral se pueden contemplar obras de grande aliento como el lienzo de la Trasfiguración de

Jordán, allí se conserva una joya de arte de estilo plateresco ejecutada por Arfe y Villafañe con un gusto y delicadeza tal que sorprenden tantas filigranas, tantas columnas, tanta ornamentación, para formar un todo armónico de incalculable valor y que constituye la Custodia, en forma de castillo labrado en plata, y regalada por el cardenal Torquemada.

La impresión que recibí, al visitar la Catedral fué por demás agradable: yo como profano en bellas artes creía que la Catedral era un acinamiento de piedra peor ó mejor colocada, que era un templo llamado así porque se les ocurrió bautizarlo con ese nombre: pero ahora al ver un estilo tan clásico del renacimiento, al observar su corrección y sus proporciones, me he convencido que

es una joya, que es un monumento digno de la grandeza de aquel rey fanático que todo lo veía bajo el prisma de la austeridad y de la sencillez, rehuyendo vanos y pomposos adornos dignos tan solo según él de cosas profanas; por eso aquel rey dejó impreso en las obras y en las piedras los rasgos de su época y de su tétrico carácter: y una prueba elocuente se tiene con la catedral de Valladolid.

*
* *

SAN PABLO.

¡Cómo es posible describir las impresiones que recibe el espíritu al contemplar un poema grabado en la dura piedra! Aquel sin número de estátuas, aquellas elegantes arque-

rías, aquel primoroso calado, aquella delicada filigrana aquel conjunto tan fantástico, aquel todo tan solemne que no pueden destruir los siglos y que solo dejan depositadas en sus grecas y florones la venerable patina; aquella hermosa obra de arte se levanta orgullosa y arrogante mostrando á la época presente toda la grandiosidad de los tiempos pasados.

Se mira y remira la artística fachada de esquisito gusto ogival, se contempla el monumento que se tiene delante, y sin quererlo vuela la imaginación á la antigua *Cascajera* con su legendario pino donde Sancho el Bravo edificó á San Pablo: aquel convento recuerda á Fray Tomás de Torquemada, célebre inquisidor, y al gran Fray Mortero.

Aquella célebre fachada especie

de monumental retablo esculpido en la piedra, no puede por menos de evocar la venerada memoria del Duque de Lerma, como lo recuerdan las grandes inscripciones que no es fácil leer ahora: fachada debida al genio artístico y al cincel de Hernandez que legó una verdadera joya del arte antiguo.

¡Qué grata impresión se recibe ante su vista, cuando han trascurrido muchos años, durante los cuales no se ha podido contemplar el arte de la antigüedad! estar encerrado dentro de modernas construcciones, en medio de edificios suntuosos si, pero de esta fábrica especial del día que imita malamente el estilo clásico del renacimiento en cal y ladrillo, y encontrarse luego delante de una obra, como la fachada de San

Pablo que á más de su mérito que es mucho, lleva encima de sí la epoca culminante de nuestra historia, el tiempo de nuestro poderío, los días de nuestra grandeza, infunde un religioso respeto y una admiracion, solo dignas de las grandes concepciones.



SAN GREGORIO.

Ver la fachada de San Gregorio otro trozo de poesía esculpido en la piedra, y acordarse de dos pueblos, de dos razas, de dos manifestaciones del arte es todo uno, en su estilo plateresco predomina el gótico y algo del renacimiento, mezclado con la poesía árabe del adorno atildado y exuberante propio de aquellas fantasías orientales.

Sus agujas góticas, sus calados, sus maceros, sus guerreros, sus doseletes, sus ricos escudos, sus cresterías, sus especiales arquerías de capricho, aquel magno escudo central sostenido por una columna en medio del follage caprichoso del estilo que caracteriza el conjunto: aquel aspecto de severidad está en relación con la figura de Fray Mortero su fundador y con la época que representa, época de grandes empresas, de grandes concepciones, de grandes monumentos.

Macías Carpintero ha dejado con su cincel una obra de grande aliento, verdadera inspiración de un alma artista que sin seguir un estilo y limitar en él, el vuelo de su fantasía, ha dado rienda suelta á su imaginación modelando una obra primorosa

con un lujo y profusión de adornos y detalles, y dando cabida en ella á todos los gustos y estilos con un talento nada vulgar; y así se contemplan al par de la fachada, dorados artesonados, primorosos escudos, patios y escaleras que corresponden á lo más grandioso del reinado de los reyes católicos.

El gran patio es una obra de incalculable mérito, restaurada recientemente por un hábil cincel, hace resaltar sus preciosos calados y sus innumerables detalles de ejecución produciendo un efecto sorprendente: las columnas salomónicas que sostienen las galerías son elegantes: aquellas balaustradas, aquellos encajes primorosos de los arcos, aquella labor tan esmerada, los frisos, las columnas de sosten, la decoración

general desde las gárgolas hasta el basamento revela al primer golpe de vista una obra que bien merece se la haya acordado la distinción de *Monumento nacional*, con su regia escalera, con sus almohadillados, sus labores, sus calados y filigranas, marca la importancia del Valladolid antiguo.

*
* * *

Al salir absorto de contemplar la obra primorosa de San Gregorio, al haber descubierto nuevas bellezas que antes no llamaban mi atención, y al salir de su recinto me esperaban nuevas impresiones: la casa del Sol, el palacio real con su reja partida y atada con fuerte cadena, reja que recuerda á Felipe II, pues para su bautizo se cortó á fin de estable-

cer el camino desde el palacio hasta San Pablo; al volver á pisar aquellas estrechas y tortuosas calles llenas de antiguos y suntuosos palacios, cuajadas de antiguas casas con heráldicos escudos en sus frentes, me figuraba que iban á aparecer aquellos bizarros caballeros y elegantes escuderos, del siglo XIII; que detrás de aquellas estrechas celosías escuchaba la gentil castellana la endecha amorosa de su rendido galán, que iba á ver los variados hábitos de las órdenes monásticas: que pronto iban á sonar los clarines atambores y chirimías de los tercios castellanos me encontraba sin notarlo transportado á otra época, como cuando interesados en el argumento de un drama heróico, delante de fiel decoración, asistimos en cuerpo y alma

al desarrollo de una acción fielmente interpretada.

Recorrer las calles de Valladolid es repasar la historia antigua; por aquí se ve la casa donde se cree murió el gran Colón; por allí la casa donde vivía el príncipe de los ingenios españoles, Cervantes; acá una argolla suspendida de una mohosa cadena donde se abatió el orgullo del privado Don Rodrigo Calderón; allá donde prendieron al Dr. Cazalla acusado de brujería y heregía: acullá donde se descubre un arco árabe del tiempo en que imperó Olit: toda calle, toda esquina, toda casa, toda fuente, toda iglesia, todo convento, tienen y recuerdan fechas y nombres memorables, y todo ello ligado á los grandes acontecimientos de la historia.

LA PLAZA.

La plaza mayor rodeada por columnas de granito de una pieza, y circundada por simétricos edificios de grandes balconadas, no puede menos de traer á la memoria aquellos tétricos y horripilantes espectáculos donde lucía su esplendor la intolerancia religiosa, donde sufrían cruel y bárbaro martirio aquellos desgraciados víctimas de la sangrienta inquisición.

¡Como contrastarían los feroces semblantes de los verdugos con el horror y espanto que sin duda presentarían las víctimas! Aquella glacial indiferencia de los reyes y príncipes, con el orgullo de las órdenes monásticas! Como contrastaría la sumisión de la grandeza con el rego-

cijo de aquellas masas ignorantes que acudían al *sagrado espectáculo* para afirmar sus creencias religiosas. ¡Qué mezcolanza tan original se produciría con los hábitos monásticos, las doradas gualdrapas, los ricos arneses, las preciosas colgaduras, los estandartes verdes de la inquisición, los ornamentos de la iglesia con las opandas de las víctimas: el altar con el rimerero de leña, la cruz con el cartelón infamante, el sermón con la protesta, los cánticos con los gritos del infeliz á quien achicharraban sus carnes vivas!...

Ya no se oyen en la plaza mayor los gritos y protestas de los infelices sacrificados, ni siquiera el eco de aquellas salmodias, ni el ruido de aquellos antiguos arneses: ahora solo se escuchan los acordes de las ban-

das de música que se sitúan en el *kiosko* que se levanta en el centro, tal vez donde se encendía la bárbara hoguera; ahora se contemplan los graciosos grupos de niños que juegan al *alá limón*, al *marro*, ó saltan á *la sogá*, corren detrás de las naranjas y arman un bullicio encantador. Ahora se ven los grupos de la niñera con el soldado en íntimo coloquio, la costurera con el chulo en mútuas recriminaciones, y la doncella y modista con el travieso estudiante ó cadete, y en promesas cien veces proferidas y escuchadas.

* Pasean los señores graves, (retirados la mayor parte) dando vueltas y más vueltas disfrutando del fresco, ó tomando el sol, y hablando de la política y chismografía de la ciudad; unos sentados en los bancos,

otros que forman corro, estos que van, aquellos que vienen, y todos animando la amplia plaza, que conserva su fisonomía igual, excepto la falta del palacio del ayuntamiento que desapareció y con él el célebre *cajón*, la temida comisaría, donde el de las *borlas verdes* daba alojamiento á quien solamente deseaba tenerlo en su casa particular.

En la plaza mayor ya no se enciende la hoguera, ya no alumbra las fachadas de las casas el siniestro resplandor de la leña: ahora los focos de la luz eléctrica llevan á su recinto la animación de la vida moderna.



EL PISUERGA.

El tan celebrado rio cantado por

los poetas, el Pisuerga de tranquilas aguas atraía mi curiosidad, el río donde en los tiempos antiguos se habían corrido las célebres novilladas lanzando al animal desde la huerta del rey en los días de grandes festejos; allí había probado su bravura el esforzado y apuesto caballero matando al fiero animal antes que pudiera ganar la orilla opuesta.

En aquel río nos reuníamos las tardes de la primavera y verano organizando regatas con los ligeros botes que atracan en las *Moreras*: allí nos bañábamos en aquellas casetas improvisadas, y desde allí se acechaba la ocasión para cometer alguna imprudencia que solo la edad podía disculpar.

Todo lo ví igual con verdadera complacencia; nada había cambiado;

el puente mayor con su represa y su cascada, las *aceñas* en medio de la corriente desafiando altivas las más temibles crecientes; las orillas poéticas con sus árboles seculares que producen grata sombra; los arbustos y florecillas que bordean toda la ribera, el ramage de los sauces y mimbrales; el follage tupido que se corre hasta más allá del puente colgante, las huertas, la isla tupida de vejetación; el tajamar con sus estacas, los diversos paisajes que se admiran en las tortuosidades del ancho cauce; el panorama magnifico que se disfruta al ir aproximándose al puente de hierro, el Prado á un lado, el puente colgante de frente, la selva olorosa á los costados, llevados de la suave corriente de las aguas, y arriba el cielo límpido y sereno, por

allí se ven correr rápidas en distintas direcciones las estrechas lanchas de variados matices, que conducen alegres jóvenes y que atracan en las riberas ó siguen hasta el puente, ó se entretienen evolucionando en el poético remanso por donde aletean las palomas torcaces, los ruiseñores, y alguna que otra garza atrevida, que en vano intenta ocultarse en la espadaña.

Por la orilla de las huertas coretean elegantes parejas ó candorosos niños que se destacan del corro familiar que disfruta la tarde primaverales ó estío ardiente en medio de la sombra acariciados por la brisa embalsamada del río.

En el *Vivero* se estacionan los pacientes pescadores de caña, lanzando iracundas miradas á los tri-

pulantes de las atrevidas lanchas que vienen á espantar los peces de plateadas escamas.

En las Moreras discurre la sociedad vallisoletana gozando de la animada perspectiva del río, de los baños y de los acordes de las bandas de música que alegran el pintoresco sitio.

De los cafetines y horchaterías provisionales, salen los acordes de los pianos y guitarras, y el eco de las carcajadas y bullicio de la gente alegre; y unos bañándose en las caprichosas casetas; otros paseando en las ligeras lanchas, estos que reposan en los bancos al pié de las frondosas moreras, aquellos que pescan; quien que todo lo escudriña sin darse reposo, todos vienen á formar un alegre y gracioso conjunto que se

disfruta en el Pisuerga, y que constituye uno de los encantos de la ciudad.



EL CAMPO GRANDE.

Estensa y árida planicie con alineadas calles de árboles raquíticos en su mayoría; pesados bancos de fábrica con una reja por respaldo, y nada más tenía en mi juventud el basto paseo, que así descarnado y sin atavío era el centro donde se reunía la sociedad de Castilla.

Allí habían tenido lugar los más horribles autos de fé; allí se corrió la sortija, y quebraron cañas, allí se lavaba el honor, en aquel sitio elegido por aquellos antiguos caballeros en honor tan delicados como potentes de brazo; allí se celebraron fies-

tas y torneos en algunos de los cuales los reyes caballeros quebraron algunas lanzas.

Al campo grande iban en mi tiempo las elegantes de la ciudad como lugar de exhibición, y en aquellas calles alineadas tenían su convencional demarcación las clases sociales. En la grande avenida del centro con sus largas filas de sillas daban vueltas y más vueltas la aristocracia, la posición social y los hombres de letras, llevando del brazo á sus señoras ricamente ataviadas, y delante aquellos pimpollos vallisoletanos con sus preciosísimas mantillas; allí dragoneaban el elegante pollo y el perfumado gallo en pos de las hermosas, y allí se arrastraban los sables de caballería y revoloteaban los uniformes de graduación. En la otra

avenida paseaban gravemente con el traje dominguero los artesanos de buena posición, los dependientes de comercio y las lugareñas que llevaban poco tiempo de residencia en la ciudad; y en la esplanada que llegaba hasta las antiguas puertas de Madrid se desparramaban las sirvientes y soldados, los artesanos y costureras de ropa gruesa para bailar en rueda al son de la dulzaina ó el tamboril que allí se acantonaban invariablemente los días festivos.

Ahora el Campo Grande es un hermoso paseo que puede envidiar cualquiera importante ciudad de Europa; su amplia avenida con frondosos árboles que le prestan grata sombra, tiene en sus entradas fuentes caprichosas con bonitos surtidores y juegos de agua; en el centro se

eleva el elegante templete destinado para las bandas de música.

La avenida para carruajes tiene á uno de sus costados las modernas y elegantes construcciones de Recoletos que llegan hasta la estación del ferro-carril, y le imprimen un aspecto de grandeza como puede presentar la capital de España con su Recoletos.

El Parque es digno de una gran ciudad; aquellos parterres tambien tenidos, aquellas *peluses* tan cuidadas, aquellos grupos de cedros, aquella colección de araucarias, de plátanos, de acacias, de aromos; aquellos bordeados tan artísticos, aquellas plazoletas que se abren para dar vista á las monumentales fuentes, como la de la fama de arrogante estátua y ámplia pileta donde lucen sus matices las flores y plantas acuáticas;

aquel esmero en los jardines, aquella rica colección de plantas y flores; aquel verdor y aquellas praderas tan bien recortadas: aquella variedad de árboles, aquellos grupos interesantes donde se mezclan las especies y destacan los más encontrados matices y vivos colores; aquellas calles tan cuidadosamente trazadas para que en sus curvas y desvíos vayan á desembocar en los puntos más interesantes; aquel todo encantador que convida al descanso y á la contemplación de lo bello; aquella especie de monumental ramo de flores que despide fragancia y frescura todo ello hace honor á Valladolid, como lo hace el gracioso lago, donde se ven las bandadas de dorados pescaditos que salen á flor de agua para causar el encanto de los niños que con

mano pródiga les tiran las golosinas que los peces se disputan en apretadísimo grupo de colores diversos.

Aquellos surtidores de agua en juegos tan bien calculados, aquellas bordeadas orillas de piedra tosca con sus acuáticas plantas, aquella entonación de tan buen gusto es digna del parque que le ha dado espacio para su instalación.

Yo disfrutaba extraordinariamente al ver una transformación tan radical en sitio antes tan árido é ingrato; no me daba cuenta como podía ver tanta lozanía y tan exuberante vejección en aquel antiguo sitio, verdadero yacimiento de cascajo; pero mi admiración subió de punto al encontrarme frente á frente con la esbelta y bien combinada gruta que tiene el parque en su fondo.

Aquella gruta artificial con sus colosales estalactitas por donde mana gota á gota el agua cristalina; los puentes rústicos, los boquerones desiguales, aquellos promontorios tan artísticamente colocados; las grietas por donde en suave cascada se desliza el agua; aquellos *aquariums*, aquellas cristalizaciones, aquellos saltos, aquellas escalinatas rústicas, los surtidores, los manantiales, las corrientes, el aspecto general produce una de las más gratas impresiones; el caer de las enredaderas y trepadoras diversas, el musgo natural y los líquenes que asoman entre las junturas, aumentan la ilusión, y más que artificio, se cree que en la roca viva ha ido la mano del hombre para poner algunos adornos y aprovechar el capricho de la naturaleza. Allí

solo falta la estatua de Iscar, su creador, que el genio que ha trasformado á Valladolid.

*
* * *

Contemplar por muchos años aquel Valladolid antiguo y legendario con sus tortuosas y estrechas calles, aquellos viejos caserones venerables por sus recuerdos y por el arte que adornan sus patios y escalinatas, sus balconajes y escudos de piedra, y verlo ahora trasformado por completo, es cosa que satisface al ánimo, y hace pensar con deleite que también España tiene adelanto y progreso aunque lento, que también España como los países jóvenes llenos de la fecundante sabia de la civilización moderna, puede presentar las señales de la actividad y de la

renovación á pesar de sus perturbaciones, y á pesar de todos los pesares que desgarran su lozana y vigorosa naturaleza.

Dígalo sino la capital de Castilla la Vieja. Aquel esgueva verdadera escoba de la ciudad presentaba sus desnudeces en el centro de la población, cortando calles y plazoletas tal como lo vieron nuestros antepasados, y ahora discurre por el subsuelo, y por encima de él corre el tran-vía y ruedan los elegantes carruages por sus anchas y rectas calles: en sus plazoletas se levantan artísticos monumentos conmemorativos.

En el corazón de la ciudad ha penetrado la piqueta del obrero derivando vetustos edificios para dar paso á cómodas avenidas que como la de Alfonso XII son el emporio del

comercio de Castilla; recordar aquellas casuchas mal trazadas, y ver ahora esos soberbios edificios de moderna fábrica es altamente consolador: esa calle de la Victoria convertida en *Boulevard*, esos pasages atildados verdaderos centros para la exposición mercantil; ese prado de la Magdalena con sus nuevos edificios, esas afueras, esos nuevos ferrocarriles, todo ha venido á imprimir un aspecto elegante y modernísimo á la ciudad que puede prestar comodidad y *confort* al más exigente.

No eran bastantes sus regios coliseos de Calderón, y Lope de Vega y ahora tienen además el moderno de Zorrilla, pequeño estuche de esquisito gusto.

Esos monumentales mercados, esas Moreras, esas construcciones que

han salpicado la ciudad, ese moderno Hospital, esa traida de las aguas del Duero, esos depósitos del agua corriente, todo ha trasformado al antiguo Valladolid para hacer de él una de las más bellas y bonitas ciudades de España.



Encontrarse casi aislado en una ciudad que tiene distinto aspecto al que presentaba en los tiempos de la juventud: no encontrar más que alguno que otro de los muchos amigos que en un tiempo se tuvieron: vagar de uno á otro lado no viendo más que el vacío en derredor, creerse aislado, y encontrarse de repente con un núcleo numeroso que llene por completo las necesidades del espíritu es verdaderamente igual, á quien

perdido en solitario campo tropezara de repente con un albergue que le ofreciera cariñosa hospitalidad.

Andaba yo por las calles de Valladolid escudriñándolo todo con viva curiosidad, sin cansarme de admirar la Antigua, y San Pedro, la Magdalena y Santiago, entrando ora en el Instituto como en la Biblioteca, en la Universidad y en el Museo, paseando por los portales sin dirección fija como quien anda á la ventura, cuando atraído no se por que secreto impulso, penetré en un sitio buscando un pretexto, donde en el acto reconocí dos de esas caras que nunca se borra su recuerdo pues retratado como en ellas está el corazón sano y la bondad de sentimientos, dejan una impresión de simpatía y atracción que siempre se recuerda.

Penetré al local encontrándolo igual que como yo lo dejé, y después de hacer una suscripción, entablamos un diálogo de confianza de esos que son interminables: yo veía entrar y salir á personas distinguidas y pronto comprendí que allí era el centro de la inteligencia: Al retirarme estreché las manos de aquellas dos personas como lo hacía con mis íntimos. Volví y me invitaron á frecuentar el local, y lo frecuenté de tal manera que de el no salía sino lo estrictamente preciso para ir á comer.

Allí he visto y he oído cuanto pudiera serme de más agradable; allí he conocido la bondad del castellano viejo, la pureza de la franca amistad; allí he podido apreciar hasta donde alcanza la modestia, hasta

donde llega la bondad y la sencillez. Allí acuden verdaderas ilustraciones cuyo nombre suena por toda España y por el extranjero, y se presentan de la manera más modesta y humilde, sin que asome en su amena conversación el menor indicio de jactancia, ni el menor asomo de superioridad, por el contrario se les ve y se les trata como un *á quidam*. Otro, otro, y muchísimos más, eminentes en ciencia, letras y erudición, cautivan por su trato y su modestia, sin conocer la petulancia, conservando un ropage de naturalidad que encanta.

Yo los miraba y remiraba con admiración; yo escuchaba interesantes discusiones donde se desbordaba la erudición y el saber como la cosa más corriente; yo contemplaba aque-

llas vigorosas inteligencias dedicadas á la enseñanza, y no podía menos de pensar como brillarían si quisieran revestirse de esa especie de barniz exhibicionista indispensable al mundo de las gentes.

Aparejada á la ciencia y á la erudición encontré los más delicados sentimientos, el más íntimo y fino trato, la más franca y leal amistad; en aquel querido rinconcito se condensa todo lo de más valía que en inteligencia tiene Valladolid: allí está el anciano enciclopedista con un corazón tan joven como el de un niño y una inteligencia tan clara como la tuvo á los treinta años: allí acude el joven que empieza su vida intelectual para aprovechar el íntimo trato de aquella reunión; por allí pasa el concienzudo legista como el sabio

naturalista; el químico lo mismo que el literato, el profesor y el erudito, y personas de distinción, que vienen á constituir una especie de moderno mentidero donde se comentan y se discuten lo mismo las sencillas noticias policas que los árdulos problemas sociales, pero de una manera tan elevada y tan culta, que retrata aquel círculo íntimo.

Allí no hay atildamiento ni afeeminada pulidez de fôrmas, reina soberana la franqueza y la modestia, la cultura y el buen trato: en aquel local, centro de lo más granado de Castilla, se íntima de tal manera, se arraiga la amistad de un modo tal que no es posible disgregarse de semejante núcleo de atracción.

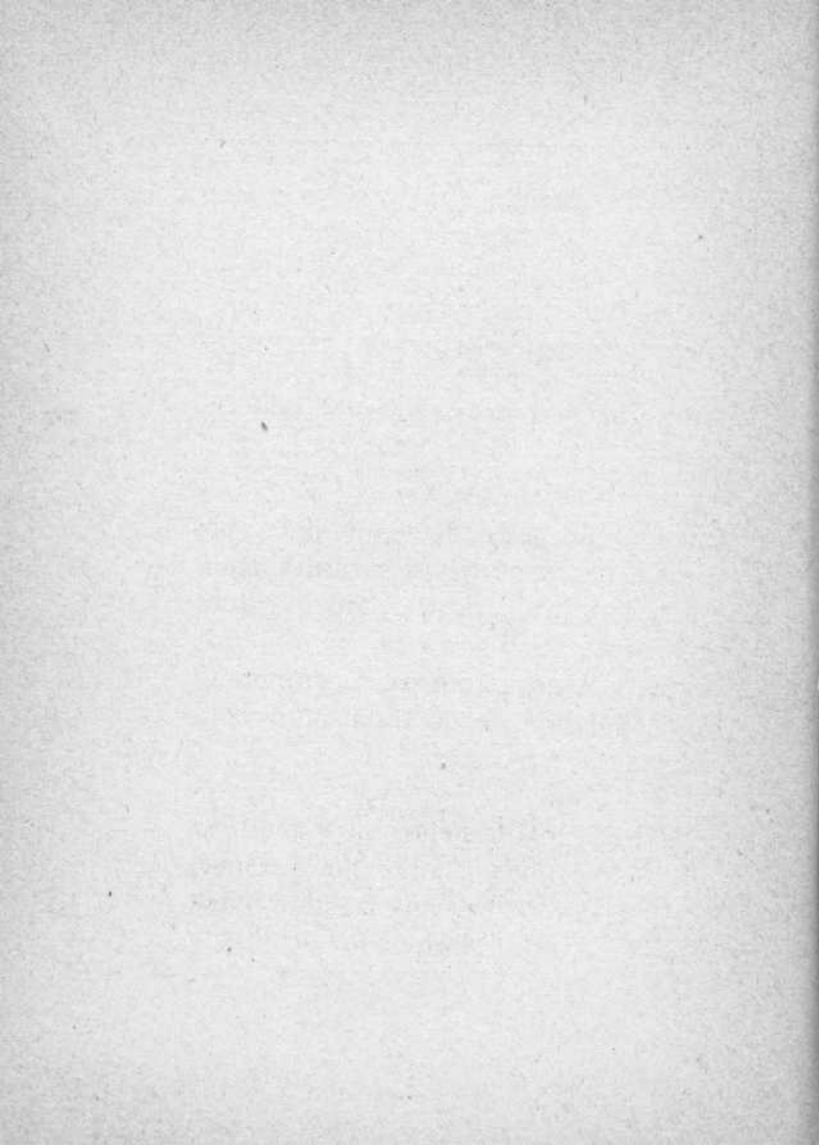
En medio de un círculo de tal valía tuve la suerte de ocupar un

humilde puesto, y si bien no podía alternar en saber y erudición, en cambio no me aventajaban ni me aventajan en conservar los más gratos recuerdos y la gratitud más intensa.

A su amistad debo el recuerdo de íntimos goces, á ellos debo momentos agradables de expansión, y á ellos ni sabré ni podré nunca pagar tanta deuda de amistad, tanta deferencia, tanta bondad, tantas manifestaciones de cariño.

Este rinconcito querido retrata al Valladolid intelectual, ciencia y modestia, saber y sencillez.





III.

LAS FERIAS.

Aspecto general.—Fuegos Artificiales.—El Ferial del Ganado.—Al aire libre.—El sacamuélas.—La Metempsicosis en una barraca.—Distracciones diversas.

¡Que no dejes de venir para las ferias! ¡Te esperamos sin falta para las ferias! ¡Podían VV. aprovechar las ferias para venir á la ciudad! Estas son las palabras sacramentales del habitante de toda población crecida.

¿Qué son las ferias?

Pues sencillamente unos cuantos días de festejos y jolgorios que presenta anualmente una ciudad para llamar á su recinto á la provincia

entera; un mercado animado, por lo general de ganado caballar, y unos días en que se echa la casa por la ventana, se estrenan trajes, se reciben forasteros, se va á los toros, se compran juguetes á los niños, se viste de gala la ciudad, se embanderan las calles, y se trasforma el aspecto habitual con una animación inusitada, y en último término el soberano pretesto para que ruede el dinero y venga á parar al bolsillo del comerciante.

Poblaciones de vida monótona con sus imperdurables paseos medio cursis, sus funciones de iglesias, sus tertulias legendarias, sus dramas de aficionados, sus sermones de cuaresma y procesiones de semana santa, cuando piensan que se acercan las ferias les retoza la alegría en el

cuerpo, por que van á quebrar la monotonía de sus expansiones, porque se les presentan los días de solaz, y diversiones que solo entonces les es posible disfrutar de ellas.

Para esas pequeñas poblaciones las ferias son el acontecimiento importante del año, van á escuchar alguna compañía dramática ó de zarzuela *pour la exportation*, van á presenciar dos corridas de toros aunque sean por cuadrillas de novilleros, van á bailar en el casino, y se van estrenar los trages de corte exagerado que en comandita ó por la modista se han preparado á fuerza de costosos dispendios y eternas alegaciones familiares.

Para las ferias espera el aprovechado niño el premio de su aplicación: para las ferias se estrenan los

mueblajes, para las ferias se guardan los ahorros, y para las ferias se hacen las compras indispensables para la boda proyectada.



Las ferias de Valladolid no han cambiado el aspecto que antes tenían, se conservan en toda su pristina pureza; los mismos espectáculos las mismas distracciones, la misma animación, todo lo mismo que hace veinte años.

Con ocho días de anticipación se arman en la plaza y portales las ambulantes tiendas de madera donde se exhiben los montones de juguetes; en el Campo Grande se construyen las provisionales instalaciones para las fieras, para los gimnastas, para los panoramas, el sagaz ilusionista con

su cabeza parlante ó sus cuadros disolventes: se levantan los tablados para las funciones públicas donde actuaran los *clowns* y los *saltimbanquis*; se arman los arcos decorativos en las calles, salen á relucir las banderas y trofeos, se disponen los arcos de iluminación y los farolitos, se preparan las fachadas de los edificios municipales, y se ven aparecer esos *señoritos* de dudosa facha descoloridos y ojerosos que llevan la ruleta ó alguno que otro juego de los que persigue la autoridad.

Empiezan á descolgarse algunos *tomadores*, ratas descarados en busca de relojes y bolsillos, y con estos preliminares, aparecen los programas de las ferias que se distribuyen por toda España, y circulan con profusión en todos los pueblos de la pro-

vincia. Sacan á relucir los descomunales cartelones en las esquinas, y los Dulcámaras con sus específicos y ungüentos hacen su *debut* en la plaza mayor ó entrada del Campo Grande.

Ya empieza la feria, por la mañana han alborotado las calles de la ciudad las dulzainas y tamborileros, llevando á todos los ambitos la animación y el eco de sus populares aires: ondean las banderas y gallardetes, los escudos y trofeos que adornan las columnas; los ómnibus van y vienen cargados de equipajes y pasajeros, los tranvías van atestados de gente que poco á poco van desgranándose en el tránsito; entran las parrandas de lugareños vestidos de fiesta, con la procesión de coloradotes chiquillos que todo lo miran embobados y todo les causa vergüenza;

se empieza á oír el *chicharreo* de las trompetillas y el ruido incómodo de los diversos juguetes que lucen los niños: las tiendas y bazares cuelgan á sus puertas los objetos diversos para atraer á los compradores; suena el estallido de las bombas y cohetes se oyen los acordes de las bandas de música; empieza el tormento de los organillos monumentales en las improvisadas barracas, y las desafinadas murgas de los gimnastas, y colecciones zoológicas; se ven muchas caras desconocidas, y las calles de Valladolid se llenan de gente que va y viene en todas direcciones obstruyendo el paso.

*
* *

Tan pronto en la Plaza Mayor como en el Campo Grande se queman

profusión de fuegos artificiales que atraen una numerosísima concurrencia que se apiña en el vasto local para disfrutar del espectáculo y de la animación que trae consigo: al elevarse los cohetes con sus dorados penachos y al desprender los pequeños globos de vivas luces, se oye el grito de admiración de los palurdos que con la boca abierta disfrutan de su vista.

La sencilla combinación de tres arcos de luces de bengala que giran en direcciones opuestas, la cascada de menuda lluvia de fuego, el chisporroteo de las columnas y penachos, las coronas que se elevan, los castillos de luces diversas, el cañoneo final que deja la espesa nube de humo, todo es causa de exclamaciones y gritos de alegría, que con las ban-

das de música, la iluminación á la veneciana, la luz eléctrica y el tono general de la fiesta, constituyen una animada diversión que forma el encanto de los niños y la sorpresa del lugareño.

Yo gozaba del espectáculo que se ofrecía á mi vista; los grupos de sencillos lugareños de gran sombrero y burda chaqueta, de aparejo redondo y largos pendientes ellas, llevando de la mano una pareja de muchachos cerrillos con más tachuelas en los borceguíes que remolinos en la cabeza, estos y otros parecidos grupos llamaban fuertemente mi atención; se acercaban cuanto podían á la compacta masa que rodeaba los fuegos artificiales abriéndose paso á fuerza de codo y empuje, y ya situados en el sitio del que era imposible pasar co-

locaban al chico encima de sus hombros para que viera el chisporroteo haciéndole especialísimas observaciones padre y madre acerca del espectáculo: y con el miedo del chico que á cada estallido se tapaba los oídos y quería bajar de la improvisada atalaya, las contorsiones del de abajo para sostenerlo y el de arriba para bajar, se entablaba una familiar controversia que terminaba por berridos del muchacho, bajada y pescozones consiguientes, al tiempo de endilgarle la madre las consabidas frases: *“Te juro que en jamás has de venir á las ferias, mostrenco!... Mátalo, barajola, sino se calla!!”*

El chico sigue por lo bajo los rezongos, y el padre no muy alto de talla da algunos saltos para dominar el campo pero con tan mala suerte

que no tarda en recibir los improperios de un pacífico espectador á quien acaba de pulverizar un pie con sus gruesos borceguíes; se escusa á su manera, y la mujer que solo oye las detonaciones sin conseguir ver nada empieza por empinarse cuanto mas puede, terminando los consortes por *ahuparse* hasta que haciendo el vacío en derredor á fuerza de magulladuras y trituraciones, quedan los lugareños á sus anchas para saltar y así llegar á ver los penachos de las ruedas.

Los grupos de sirvientas y militares son demasiado visibles; el novio acecha la ocasión de enviar un saludo ó dar un apretón á su novia en medio de la general confusión, y unos dando, y otros recibiendo empellones y codazos, pisotones y magulladuras,

se termina el espectáculo en medio del olor de la pólvora quemada, y del zumbido de oídos que las fuertes detonaciones han dejado como recuerdo.



El Ferial del ganado ocupaba en mi tiempo un espacio que circunscribían las antiguas puertas de Madrid, el campo grande, y la carretera sitio inadecuado, faltar de sombra y comodidad pero que estaba en verdadero campo gitano, frente á San Ildefonso barrio de esa tribu errante que poco á poco desaparece de Valladolid como planta exótica en terreno inapropiado para su desarrollo.

El vasto campo de las Moreras, el precioso paseo de la ribera del río es ahora el mercado caballar,

punto que presenta todas las comodidades apetecibles, de holgura, sombra, proximidad del agua, y largo paseo para la prueba de los animales.

El ferial está constituido por una mezcolanza de *ejemplares*, el jamelgo averiado al lado del inquieto potro, el mulo viejo haciendo compañía al retozón pollino, la mula con el caballo de estampa, el borrico con el escuálido rocinante; grupos de potros y muleros que son mirados de alto á bajo por el lugareño suspicaz: por allí merodean los gitanos y chalanés metiéndose en todos los corros, y palpando á los animales: unos descubren la dentadura del pollino ó del caballo, otros hacen jugar con fuerza las coyunturas de los remos; éstos que buscan en lo profundo al-

guna imperfección, aquellos que hacen montar al chalán para observar la estampa, y todos ocupados en la venta y compra de los animales ponderando ó rebajando las cualidades, y subiendo ó bajando el precio segun convenga á cada caso particular.

Presenciar el modo socarrón y malicioso de hacer un trato es cosa en extremo curiosa: como al ferial se lleva todo lo más averiado, así como lo nuevo y flamente; como allí lo mismo se comprá y vende como se hacen cambios, y como todos ocultan cuidadosamente los defectos que puedan tener las caballerías, por eso impera la desconfianza, y por eso se repiten las pruebas, y se marcha despacio y con cautela antes de cerrar el trato, que ha costado muchas discusiones, muchas idas y venidas,

muchos conciliábulos, y muchas marrullerías por ambas partes contratantes.

El gitano no se da punto de reposo, sube y baja del lomo de los animales, y lo mismo oculta como descubre si le conviene las mañas del animal, previas un par de *pese-tejas* del lugareño, y allí van las exageraciones, que por muchas y bien aplicadas que ellas sean no tienen gran prestigio en el ferial.

Allí campea el ricacho ganadero, ó el cacique del pueblo llevando á la rastra un lucido acompañamiento de gente inteligente en bestias, á quienes se vende protección y se da importancia: allí se forman los grupos heterogéneos de los distintos pueblos, allí se come y se bebe, y se destrozan las sandías y melones al compás de

los organillos y de los relinchos del ganado.

El tímido lugareño que sentado al pié de una corpulenta morera, espera la visita del interesado en el animal que tiene del cabestro, pasa la pena negra al considerar que tal vez tenga que volverse á sus pagos con el averiado mulo que pensaba vender en la feria: la mujer que lo acompaña va y viene escudriñándolo todo y llevando la cuenta de los precios, y después de secreto cuchicheo entre los cónyuges se decide á ofrecer su mercancía; nada.... todos desprecian al animal mal trazado, y así llega el último día de feria en que es preciso recurrir al gitano Claudio: este después del secreto trato, palma al animal en el encuentro, le pasa la mano por el lomo, le

toma la cola, le descubre las mandíbulas, y salta sobre el lomo del animal, y como si le hubiera colocado algo, ó lo hubiera sugestionado con los pases, ó inducido algun fluido secreto, al picarle espuela sale veloz el animal sacudiendo el acicate y atropellando de intento á los corros que no pueden por menos de fijarse en la airosa estampa que ahora presenta: ya está trasformado, de agachada cabeza y tímido talante que antes tenía, se presenta ahora airoso con nerviosa contracción, estira los remos como en sus mejores días, y tanto y tanto lo pasea el gitano con estupefacción del lugareño que termina por encontrar un interesado con quien después de mucho tratar y de ir y venir se queda con la bestia creyendo que posee un animal

de sangre viva y de estampa en lo que cabe.

*
* *

Por todas partes se encuentran espectáculos divertidos; el saltimbanquis, el prestidigitador, el baile del oso y de la mona al compás del organillo, como la aparatosa exhibición del elegante Dulcamara, sacamuclas lleno de medallas de plomo que cual mosaico le cubren el pecho; este importante personaje obligado de la feria declama encima de un carruaje á la incauta concurrencia que le arrebatata sus unguentos y polvos, sus pastas y extractos y con su charla sempiterna de largos periodos reparte á diestro y siniestro sus específicos entre el embobado público que no tarda en sugestionar.

“Esta mortificante y tenaz moles-

tia que se convierte en un verdadero sufrimiento, que tortura los días felices de la vida y de la que los médicos por lo general no hacen caso dejando al desgraciado paciente en la desesperación, se cura de una manera instantánea, de una manera infalible con solo aplicarse por espacio de diez minutos esta maravillosa pasta de mi invención, pasta compuesta de ocho esencias y tres espíritus extraídos de las raíces del *Gaulum estralis* planta que solamente se cría al pié de las palmeras en el desierto de la Arabia, y que después de muchos años de estudio puedo ofrecer á la humanidad doliente por el ínfimo é insignificante precio de tres pesetas.

“Esta es la parte maravillosa del *Gaulum estralis* que cura instantá-

neamente y de una manera infalible los callos y ojos de gallo por viejos y rebeldes que ellos sean: esta pasta, señores, ha sido justamente premiada en el extranjero con medallas de oro, y reconocida por todas las celebridades como puedo demostrarlo con los cientos de certificados que están á la disposición del inteligente público de esta ciudad, en mi domicilio, Caballo de Troya donde estoy desde las cuatro.

“Este es, señores, sigue diciendo al tomar un frasco de color verdoso, éste es, el verdadero linimento para curar toda clase de dolores, etc. etc... y así de igual suerte sigue ponderando sus mejurjes hasta que ó éstos se concluyen ó la concurrencia se ha dispersado.

*
* *

Ya sea en una de las calles más céntricas, ó en un hueco ó plazoleta se levanta una improvisada barraca, adornada con espejos y figurones y farolillos chinescos; el estrepitoso organillo atormenta á todas las horas y un parlanchin impenitente perora á cada momento desde la barandilla para excitar la curiosidad del público que se agolpa delante.

“Es éste señores un espectáculo que ha llamado fuertemente la atención de todos los sabios de Europa y América, y ninguno ha podido comprender hasta ahora el portentoso prodigio que hoy tenemos el honor de presentar al inteligente público de Valladolid..”

“Esta calavera que VV. ven en mis manos se trasforma en una canastilla de flores que esparcen por

el salon un aroma delicado; ésta transformación, señores, obra de la fuerza espiritista, viene á convertirse en el precioso busto de una jóven encantadora que poco á poco y á la vista del público sale á la vida: no como ustedes habrán visto en otras ocasiones, sino de una manera clara y de verdad; aquí no hay engaño, todos pueden ver animarse el semblante, colorearse el rostro, pestañear, abrir los rasgados ojos y conversar con quien desee preguntarle alguna cosa: aquí no hay fantasmagoría ni nada parecido, ésto es, señores, única y exclusivamente el portentoso fenómeno de la *Metempsicosis*, la Metensicosis, señores, que puede admirarse dentro de un momento con sólo pagar una peseta de entrada.,,

Por todas partes se ofrecen diversiones y espectáculos, desde el almidonado rostro del payaso que tambor batiente anuncia la función, hasta el último panorama, todos á una arman una algarabía *sui géneris* que se mezcla á los acordes de las bandas de música, al eco de las dulzainas, y al continuo zumbido de trompetillas y silbatos, de sonajas y tambores que los chicos hacen sonar por las calles de la ciudad.

Tan pronto puede disfrutarse de las carreras de velocípedos en el Campo grande, como de las regatas en el río Pisuerga, y mas tarde con la elevación de los globos y á todas horas con visitar los establecimientos públicos, se pasan los dias de ferias en medio de variados espectáculos, teatros, toros, funciones acro-

báticas y vistosas retretas que coronan las fiestas de una manera fantástica; los grandes bailes en el Círculo de la Victoria y Calderón atraen á la *creme* de la sociedad castellana, terminando la feria con la repartición de premios á los colegios, acto simpático y solemne que tiene lugar en el Palacio municipal.

Uno de los atractivos soberanos de las ferias son las corridas de toros: la plaza de Valladolid siempre ha presentado las mejores cuadrillas y el mejor ganado de España, y por eso allí acuden de toda Castilla para gozar de la fiesta nacional que exige capítulo aparte.



IV.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

Preliminares de las corridas,=A las puertas de la Plaza,=El Redondel,=La Animación,=El Despejo,= Salida del toro,=La Pica,=Las Banderillas =La Suerte suprema,=Lagartijo y Guerrita.

Hacía muchos años que no había presenciado el espectáculo nacional; los vehementes deseos que de vez en cuando picaban mi curiosidad me hacían preveer una série de agradables impresiones, estimulado de antemano por las noticias taurinas que siempre devoraba con verdadera delectación, y que por ellos comprendía sin ningun esfuerzo el ade-

lanto del toreo moderno, con las figuras que en la lidia se presentan actualmente en las plazas de España; nombres muchos de ellos desconocidos para mí que habían venido á sustituir á los antiguos matadores con visible ventaja, aportando al espectáculo un adelanto en la estética tauromáquica, inventando suertes elegantes y llevando al toreo á lo que deseaban los aficionados al arte, y esto no es una paradoja; el toreo constituye hoy un arte como otro cualquiera, arte en los preciosos cuadros que presenta en sus variadas suertes, arte en los medios de defensa, arte en la ejecución de un pase, arte en los recursos, y arte en el conocimiento de la fiera, del toro que viene á convertirse en dócil instrumento del rey de la arena; todo

está previsto, todo está calculado, el ojo de maestro descubre la condición del animal, y la lidia exenta de peligro, cuando de verdaderos toreros se trata, resulta un espectáculo hermoso y sin igual en la tierra, donde se suceden las mas variadas impresiones que pueden esperimentarse.

Hacía mucho tiempo que no había presenciado una corrida, y al pisar el suelo de la patria y despues de recibir las agradables impresiones que la familia, los amigos, el pueblo, la ciudad, y todo lo que en fin produce una impresión tan intensa y tan agradable; despues de la espera que tuvo que sentir mi impaciencia, pude por fin ver anunciadas las corridas en Valladolid.

Los cartelones pegados en las es-

quinas, aquéllos descomunales cartelones que ostentan los trofeos del toreo, la cabeza del toro, las banderillas, el estoque, la muleta, el picador á caballo, las moñas, todo aquello me emocionó con fuerza; los nombres de Lagartijo, Guerrita, Calderon, y las ganaderías de Veraguas, Saltillo y Colmenar, concluyeron por llenarme de entusiasmo, y prisa tenía porque llegara el día de las famosas corridas para las que de antemano había tomado abono.

Por las calles aparecieron los de pantalón ajustado, chaquetilla corta especial y sombrero cordobés, dejando aparecer por detrás la coleta distintiva de la clase; no fué en verdad muy simpática la impresión que su vista me produjo y no quiero en este momento analizar la causa, pero

me parece muy oportuna la innovación de Mazantini con su cazadora ó saco que siendo una prenda de transición entre el traje del torero y el usual, mas se acerca á este último, y si en lugar de llevar afeitado el rostro conservaran las patillas de los antiguos *maestros*, me parece que serían mas arrogantes.

Las doce del día eran por el reloj de Santiago, y las parrandas de lugareños se dirigían ya á la plaza para esperar se abrieran las puertas, y tomar asiento conveniente.

A esa hora yo me sentía impaciente, consultaba el reloj á cada momento, y los minutos se me hacían siglos como muchacho á quien por primera vez van á llevar al teatro, así yo pensando en la corrida, no tenía descanso y hubiera querido

adelantar el tiempo para cuanto antes disfrutar del espectáculo por tanto tiempo anhelado.

Los carruajes cruzaban la Plaza Mayor, se dirigían por San Benito y abocaban á la plazoleta de Fabioneli donde se revolvía como un hormiguero la heterogenea concurrencia; el aparejo redondo de la lugareña al lado de la elegante vallisoletana, la chaqueta burda del *paleto* rozando la levita cortada por Lozano ó por Fournier; la bota repleta del de Toro y La Nava, junto á los elegantes gemelos del señorito: el pañuelo de colorines contrastando con la mantilla clásica de encajes, el sombrero junto con la felpa, y todo ello formando un conjunto extraño lleno de vida y animación.

Se ve uno que impaciente por

entrar á la plaza no se detiene ante el grupo que forman la reunión de jóvenes amigos; otros que á codazos se abren camino; este que sin reparar se lleva por delante á una señora que al ver maltratado su traje protesta mal airada contra el grosero; aquel que dando vueltas y más vueltas no acierta á colarse, y todos finalmente dando y recibiendo empujones llevados del vaiven que oscila en la entrada de la plaza con grave riesgo de trajes y costillas.

En todos los rostros está retratada la alegría y el entusiasmo; en los corros se habla de tal ó cual toro de estampa y de libras que según los inteligentes será el mejor de la corrida; en otros se discute el ganado que han podido apreciar en el encierro, y en todas partes se ocupan

del espectáculo vaticinando á su manera.

*
* *

Después de sufrir las apreturas consiguientes penetré por fin á la plaza llevando por compañía á un primo mio inteligente en estos asuntos. Aquello era un *pandemonium*, todo el circo estaba cuajado de seres humanos que gritaban desaforadamente de tendido á tendido, de galería á galería, aquella masa humana de mil matices y colores, se agitaba con fuerza mientras una banda de música, la del Hospicio, llenaba el ámbito con aires flamencos que arrancaban nutridos aplausos en los tendidos.

El aspecto de la plaza era en realidad fantástico y animado: aquellas graderías de piedra sostenían al pue-

blo soberano, unos en mangas de camisa, otros con trajes de diversos cortes y colores; la colección de los sombreros, la diversidad de los pañuelos, las sombrillas; los grandes quitasoles, el incesante ondear de los abanicos, aquel compuesto tan singular que rebosa entusiasmo y algazara solo puede apreciarse allí, en aquel sitio donde impera el pueblo y solo el pueblo.

En las galerías y balconillos se aprecia más variedad de tipos y colores, y en los palcos se lucen las mantillas clásicas de encaje y los altos peinados que recuerdan á las manolas de D. Ramón de la Cruz.

Las banderas y gallardetes que ondeaban por todas partes, las colgaduras de terciopelo, los vivos colores de las barandillas y columnas,

imprimen al cuadro un tono tan original que solo por contemplarlo se puede entrar en la plaza.

El redondel era vigilado por los guardias municipales que impedían la entrada; por la contrabarrera circulaban algunos distinguidos de la empresa, y las gradas y palcos se iban poco á poco llenando de alegre concurrencia impaciente por que llegaran las tres, hora de la lidia.

La inmensa muchedumbre se agitaba en la plaza buscando un futil pretesto para desbordar su entusiasmo; tan pronto estallaba una horri-sona gritería promovida por la entrada á las gradas de unas *Vénus empastadas*, como se sucedía un estrepitoso palmoteo al ver aparecer al chulo que entraba por la barrera con los estoques al hombro,

De tendido á tendido se largaban las mil y mil cuchufletas no todas del mejor gusto, y entre tragos de vino, mas para lucir la descomunal bota que por deseos de beber, y partiendo sandías y mondando melocotones, se entretenía el tiempo en medio de la más altisonante licencia que es dado observar en reuniones públicas. Llega por fin la cuadrilla y principian á divisarse los toreros, y desde este momento empiezan las chanzonetas á la autoridad que todavía no ha ocupado el palco de la presidencia: casi todos los del tendido le gritan á más no poder, mientras penetran en las galerías y el tendido la retrasada concurrencia que es estrujada sin piedad.

Aquí una señora del pueblo, lugareña frescota, recibe los chicoleos

del público por entre el que pasa á duras penas: por allá un paleta, que no conformándose con no tener asiento en el tendido, escala la galería y de todas partes es despedido con cajas destempladas por el estorbo no tanto de su persona cuanto de su descomunal sombrero.

Reclamaciones, desalojos en las localidades de preferencia, impropiedades á los pobres guardias municipales, que no pueden ni saben atender á tanto incidente, y en medio de la gritería y confusión de miles de almas, llega por fin el momento supremo.

*
* *

Empieza el despejo y el delirio del público se desborda en este momento, estallan en la plaza los aplausos y jolés! y á los acordes de un

animado y patriótico paso doble, aparecen los dos caballeros en plaza usando el traje distintivo de Felipe IV montados en briosos corceles, y marchando marcialmente delante de la cuadrilla en vistosa formación; á la derecha el maestro, el segundo á la izquierda y detrás por orden de preferencia los sobresalientes y banderilleros: siguen los picadores y tras de ellos las enjaezadas mulas galanas llenas de cascabeles y banderolas con los intrépidos monos sabios.

Al cruzar la plaza desde el chiquero ó toril hasta el palco de la presidencia, se goza de un espectáculo hermoso y embriagador, el conjunto no puede ser más brillante: las capas de los toreros recamadas de oro y plata reververan los rayos del

sol; esos colores vivos del azul con el granate, del rosa con el violado, esos trajes tan garbosos y ese centelleo de los bordados, da á los toreros un aspecto fantástico que subyuga al público delirante en aquel momento: aquel marchar tan marcial y flamenco moviendo á compás los brazos y quebrando elegantemente el cuerpo: aquellos escarceos de los caballos, aquel golpe de vista es en verdad digno ser admirado, y más todavía al presentarse lo mejor y más granado del toreo en España: Lagartijo, el cuerpo más torero que ha pisado plaza; Guerrita la figura simpática y elegante del arte, y las dos cuadrillas más *cruas* y jacarandosas que ha producido Andalucía.

¡Ole por Córdoba!...

Yo me sentía fascinado, experi-

mentaba un placer infinito y en vano trataba de contener mi entusiasmo, sugestionado como estaba por el espectáculo hermoso que se desarrollaba ante mi vista, y en aquel momento me explicaba la locura que tiene el pueblo español por los toros, me daba cuenta del poder de atracción del espectáculo sin igual.

Los vivas y frenéticos aplausos del público resonaban unánimes en la amplia plaza, y cuando despues del saludo á la presidencia se deshacía la ordenada formación, los caballeros montados, marchando en opuestas direcciones recorriendo el redondel vienen á converjer al punto de salida para allí caminar juntos hasta el palco de la presidencia desde donde se les tira la llave del toril, que uno de los alguaciles toma airo-

samente en el sombrero: dan la vuelta á la plaza á media rienda y salen como flechas dejando el campo libre á los diestros.

*
* *

Los toreros tiraban las lujosas capas á los admiradores y amigos de las talanqueras que cual trofeos las colocaban desplegadas delante de sí, y empezaban la distribución: los picadores provistos de sus garrochas se recostaban á la izquierda de la salida del toro y pegando á la barrera para esperar bien afirmados la primera embestida de la fiera la cuadrilla diseminada en el redondel y cerca de las tablas para poder saltar la barrera, y los dos maestros frente por frente á la salida del toro, para de un golpe de vista darse cuenta

de las condiciones del animal que tienen que lidiar: sus movimientos, su agilidad, la dirección que toma en la primera carrera, de estas y otras mil particularidades forma el maestro su juicio certero, y con arreglo á él debe lidiarse á la fiera burlando su bravura.

Los clarines y timbales responden á la señal que hace el presidente ondeando un pañuelo blanco para la salida del toro, y abierta la puerta del toril se presenta en la plaza la hermosa fiera, que con veloz carrera, las mas veces sacudiendo nerviosamente la cabeza, recorre el redondel en medio de la satisfacción que la vista del toro produce en el público.

A su paso los toreros saltan la barrera dando un brinco y apoyándose con la mano derecha, y cuando sin

fijarse en los picadores que permanecen quietos en su sitio, el animal da vueltas y mas vueltas en busca de algo que no divisa, allá va el maestro con su capote y después de burlarlo con elegantes pases y suertes diversas de capa ejecutadas con una precisión y naturalidad que encantan, para al toro y se retira al paso tan tranquilo como pudiera estarlo en la Acera de San Francisco.

Yo respiraba aceleradamente cuando Lagartijo y Guerrita se paraban delante del toro, y daban aquellos quiebros especiales con la misma confianza que si estuvieran jugueteando con un animal de cartón: aquello era elegante y noble, los aplausos del público estallaban unánimes, mientras yo viendo las corridas de los picadores para pre-

sentar blanco al toro empezaba á temblar y á experimentar una angustia indefinible, mezcla de terror y de alegría, de recelo y de confianza á la vez que me tenía por demás nervioso.

*
* *

Principiaron á jugar los capotes para llevar al toro á los caballos, y tras unos cuantos pases bien combinados, el animal escarbando la arena delante del picador que le alentaba levantando en alto la garrocha, acometió con furia dando en tierra con caballo y picador al mismo tiempo que de mi pecho se escapaba un grito de terror al ver á un hombre en poder de una fiera embravecida que lo iba á lanzar por el aire.

El público anhelante se levanta suspenso de los asientos al ver al pica-

dor en descubierto, pero en el momento crítico se interpone el capote maestro de Lagartijo y sacando al toro y entreteniéndolo como quien juguetea con él, da tiempo para que el picador ayudado por los *monos sabios* se ponga en salvo, ó monte otra vez sobre el averiado jamelgo que despide sangre á borbotones de la ancha herida que ostenta en el pecho; el público todo y yo con él aplaudíamos con frenesí al maestro del toreo, privando este incidente de contemplar el cuadro horroroso de la suerte de pica.

Otra vez se repite la suerte pero con mejor fortuna para el picador, pues puesta la pica en la cruz del animal y sosteniendo el empuje con su brazo de acero, detiene al toro y el caballo resulta ileso.

Dicen los inteligentes que la suerte de pica es de todo punto indispensable para la preparación del toro; la herida que le ocasiona la garrocha detiene en parte su fiereza y en algo quiebra sus rápidos movimientos, lo aploma y sacia el toro su instinto sanguinario; sea ó no verdad la necesidad de esta suerte del toreo, es lo cierto que en ella se aprecian mejor los recursos de la lidia: la capa conduce diestramente al toro hasta el punto en que espera el escuálido rocinante; la capa salva al picador sacándolo ileso de las astas del animal, y cuando el capote es insuficiente allá va el torero prendido á la cola y dando vueltas con el toro da tiempo á que el picador se ponga en salvo.

Con Lagartijo y el simpático Guer-

rita el picador está sin riesgo en la plaza es verdad, pero estos no le libran de los porrazos que siendo algunos aunque pocos los desgraciados, ofrecen un espectáculo nada culto al ver un hombre perdido el sentido, que dos monos sabios no pueden levantar del suelo ó sacar debajo de un caballo, sin contar con el repugnante cuadro de los caballos despidiendo abundante sangre y arrastrando ó enseñando las vísceras por las anchas heridas.

De mi se decir que la suerte de pica me llenaba de terror, quería ver y no ver al mismo tiempo, y agitado intensamente permanecía mientras ella duraba aunque tuviera que aplaudir estrepitosamente á los dos maestros cuando acudían con oportunidad con la sonrisa en los labios

para salvar á un compañero de una muerte segura sin su intervención.

Dejando á parte las consideraciones de cultura y humanidad que asaltan al tratarse de esta suerte, viendo que ella es la principal rémora en que hacen hincapié los que rechazan el espectáculo, no titubearia en suprimirla, siquiera fuera para que las naciones algo escrupulosas sobre este punto pudieran gozar como nosotros de esta fiesta.

Mátense gallos y palomas, mátense hasta hombres en gimnasios y en globos, tritúrense en el *box*, y ya que no quieren ver morir á caballos momias especie de ánimas en pena, marchemos á gusto de todos respetando susceptibilidades bien ó mal tenidas: por mi parte lo confieso ingénuamente: aunque siempre viera

en la plaza á Lagartijo y Guerrita que son segura garantía para el picador, desearía no presenciar esa suerte que me producía una angustia desesperante y un terror que me crispaba los pelos cuando el público apostrofando al pobre picador que sacaba algo más de pica de lo que era regular, le hacían acortarla, aumentando con esto el riesgo que corría.

*
* *

Suficientemente castigado el toro, y á una señal del presidente, vuelven á sonar los clarines y timbales para poner banderillas y allí se arma una gritería infernal contra la presidencia si á juicio del pueblo soberano quiere el toro más caballos: *¡Caballos! ¡caballos!... Que no lo en-*

tiende usted; y gritan contra el contratista, gritan contra la autoridad, y gritan contra los pobres banderilleros, que no son pocas las veces que en medio de una lluvia de melocotones y cáscaras de sandía tienen que poner las banderillas al toro.

Los capotes evolucionan ordenadamente para disponer al toro de manera, que siendo corta la carrera que emprenda contra el banderillero venga al sitio oportuno donde quebrando el cuerpo para darle salida y estendiendo los brazos tenga el suficiente espacio para clavar el par en el momento que el toro pasa por el arco que describe el banderillero.

Esta suerte elegante y vistosa arranca el aplauso del alborozado público, y sube de punto cuando á instancias del pueblo los maestros

toman unas cortas de á palmo y *las dibujan* en el sitio reglamentario con la mayor naturalidad, con un quiebro soberano que solo los flexibles cuerpos de Lagartijo y Guerrita pueden efectuar sin riesgo.

En las banderillas se aprecia la importancia de los capotes para conducir diestramente al toro al sitio preciso del arranque, y para defender al banderillero cuando tras una falsa acometida queda al descubierto; todo se ejecuta con orden y precisión sin que falte ni sobre una capa, ni un arranque; esta elegante suerte á más de vistosa es en extremo simpática al público; en ella luce el torero su aire flamenco y su garbo, las palmas y los cigarros coronan los bien puestos palitroques, y en esta suerte muestra el torero su bra-

vura y pundonor, cuando después de una ó varias tentativas infructuosas para colocar el par sin poderlo conseguir en las condiciones debidas, estimulado por la rechifla del público, se dirige al toro con verdadero coraje y llega á poner las banderillas de un modo tal que en lenguaje torero dicen *que ni dibujadas*, entonces la rechifla se trueca en ovación, y los banderilleros rivalizan en arrojo embriagados por los aplausos que estallan en la plaza.

*
* *

Los clarines y timbales anuncian la muerte del animal, y Lagartijo, el gran maestro del toreo fino con la roja muleta terciada y con la espada en la mano izquierda, se dirige á la presidencia para brindar el toro.

“Por usía, por Vayadolid, y por Castiya señó presente,” dice concluyendo por tirar airosamente la gorra con flamenco donaire al tiempo de dar una media vuelta.

Plegada la muleta y sin que nadie le acompañe se dirige al toro y en la misma cabeza del animal despliega el trapo rojo y empieza la brega; aquello es clásico, aquello es elegante, cada postura cada movimiento, puede formar un cuadro artístico de sin igual belleza.

Mueve la muleta y el toro embiste, vuelve á embestir y ora con la mano derecha ora con la izquierda y siempre en medio de las astas del fiero animal, y sin salir de un reducidísimo espacio, juguetea con él hasta que consigue pararlo á plomo y con los remos juntos.

En esta brega es donde tiene que mostrar el torero su pericia y su elegancia, aquí tiene que desplegar todos sus recursos tratando á la res con arreglo á sus peculiares condiciones.

De nada sirve que sepa el torero que precisa pasar la muleta por la cara cuando el toro entra suelto; por todo lo alto si baja la cabeza, y al contrario si la levanta aunque maneje la muleta con igual soltura con la mano izquierda que con la derecha y aun cuando sepa dar magistrales pases de castigo que haga recorrer al toro toda la muleta sacándola de la cabeza al rabo; es preciso iniciar una *brega* de circunstancias segun convenga en el momento, y por eso el torero de inteligencia la revela en este instante supremo de

la lidia, como la revelaron Francisco Romero, José Cándido, Costillares, Montes, Pepe-Hillo, el Curro, y todos los famosos toreros, que cada uno de por sí han tenido necesidad de instalar un toreo propio, hijo del azar y de su inteligencia para contrarrestar las de la fiera.

Lagartijó muleta en mano, pasando con ese aire especial que Dios le ha dado, lleno de elegancia, en que cada movimiento y cada póstura diseña un cuadro artístico, ora de pecho, ora natural, castigando pocas veces y siempre correcto, y aun cuando sea en las tablas, para al toro, lo dispone con maestría sin cansar al público, que no comprende como la muleta de este maestro puede hacer tales milagros, sacando al toro de donde nadie más que él lo

saca, cambiándolo sus malas condiciones, y disponiéndolo de manera que obedezca á su suerte suprema, suerte por él ideada, por él creada, mitad volapié y mitad paso de banderillas, especie de estocada arrancando y que el gran maestro la ejecuta de esta manera.

Parado el toro á plomo y con los remos juntos, se sitúa frente por frente de él, apunta con el estoque, retrocede un paso para tirarse con mas fuerza al mismo tiempo que con la muleta en la mano izquierda da salida al toro que embiste, viniendo á quedar la espada clavada en el morrillo, en el sitio reglamentario.

Muy pocas veces precisa dar dos estocadas, una media en su sitio concluye con la vida del toro que cae para que el cachetero lo remate,

mientras en la plaza estalla una ruidosísima ovación, cayendo la lluvia de sombreros y la nube de cigarros que el diestro va poco á poco levantando: de todas partes se le llama para estrecharle la mano, y algunos más entusiastas le alargan la bota para que refresque el gaznate, lo que el maestro se ve obligado á hacer para cumplir con el pueblo soberano.

Cuando, como algunas veces acontece, tras unas estocadas el animal no cae conservando su entereza, se ejecuta el descabello, que consiste en clavar la punta de la espada en el sitio elegido, cayendo el toro muerto, como herido del rayo á los pies del matador.

La gente del tendido se pone de pie aclamando al maestro, mientras las mulas del arrastre al compás de

la banda de música, van sacando de la plaza los caballos muertos en la lidia, lo mismo que al toro: los regueros de sangre se tapan con arena, mientras que los diestros fuman un cigarrillo sentados en la barrera, y vuelven otra vez á presentarse los picadores acompañados de los monos sabios, peones ayudantes para defenderlos y hacerlos montar, y otra vez se renueva la lidia con otro toro, y con mayor entusiasmo cada vez.

Ahora es el simpático Guerrita quien dirige la faena, pues á él le corresponde matar; está á los quites con los picadores sacando al toro de una manera acabada; se divierte con el animal tan pronto corriendo delante de él con una de sus inimitables largas, como lo deja plantado con un quiebro del maestro: le pone

encima del testuz su gorra, le tira de los pelos, le toca las astas, le quita las babas con su pañuelo, se arrodilla delante de él, y hace tantas y tantas cosas tan elegantemente ejecutadas, que en el acto se capta todas las simpatías del público.

La repetición del mismo espectáculo no es pesada, por el contrario, como á cada instante se suceden nuevos incidentes, está siempre en suspenso la atención del público ébrio con la función más atractiva que presenta España, y de ahí el que se matan seis toros en cada corrida.

*
* *

Yo recordaba las antiguas corridas de toros en tiempo de Cúchares, cuando los actuales maestros empezaban su carrera, y recuerdo bien,

que entonces carecía el espectáculo del carácter que hoy tiene; el juego del capote era más limitado, las banderillas no se ponían tan audazmente, la preparación del toro para la suerte suprema me parecía más ordinaria, no tan elegante; se me figura que daban más estocadas, que degollaban muchos toros porque raro era el animal que no moría despidiendo abundante sangre por la boca.

Ahora encuentro el toreo, si se quiere más culto, ahora me parece que tiene más arte, creo que son ahora más toreros, á juzgar por lo que he visto en Lagartijo y Guerrita, y me dicen de Frascuelo, el Curro y Mazantini.

Lagartijo es el gran maestro del toreo correcto y elegante; magestad en la figura, elegancia en el porte,

inteligencia del animal, constante en la brega, cuidadoso de sí y de su cuadrilla, y seguro para la muerte, se mantiene firme y sereno en un reducidísimo espacio, y remata los toros con un arte que no es posible pedir más.

Esos quites suyos son soberanos, y luego esa confianza que inspira estando en la plaza, que da la seguridad de no presenciarse nada desagradable.

Guerrita, su aprovechado discípulo, sigue las mismas huellas del maestro, tiene inteligencia y le sobra valor que llega hasta la temeridad; con la muleta en la mano no se echa de menos al maestro, y mata con arrojo, ya sea á volapié, ó arrancando como Lagartijo.

Esas monadas que tiene para los toros, esas audacias indican una gran

posésion del arte, y prometen hacer el primer torero de la época.

No se que impresión les causará á los enemigos del toreo una corrida, no me esplico como dejen de encontrar belleza y encanto en este espectáculo, como no sienten entusiasmo, como no son atraídos por el vértigo que causa la lidia.

Es verdad que las primeras corridas que se ven producen choques violentos, estremecimientos nerviosos, y penosa angustia al presenciar el riesgo y la audacia, el peligro y el valor; pero cuando el temor desaparece, las sensaciones son en estremo agradables, se goza intensamente admirando un espectáculo grandioso lleno de encanto y de belleza, de atracción y de elegancia con nada comparable.

Eso de *bárbaro*, de *salvaje*, de que embota la fibra sensible del corazón del pueblo predisponiéndolo á las escenas sangrientas, eso es muy bueno para tema sentimental y melencólico, pero nada más: muchas personas en extremo delicadas conozco yo, que agradándoles sobremanera las corridas de toros, no pueden presenciar con serenidad la degollación de un cordero; muchísimo se podría decir para probar lo contrario, pero no creemos sea esta la oportunidad de abordar tan especial cuestión, que nos llevaría por otros senderos distintos de los que nos hemos trazado al escribir estas páginas.

*
* *

Concluida la corrida, empieza el hervidero en la plaza para salir cuán-

to antes; viene la confusión, el tumulto, los apretones y la ocasión favorable para que los relojes, carteras y bolsillos muden de dueño con toda familiaridad.

La cuadrilla monta en las lujosas carretelas que tienen dispuestas, los picadores llevando al ánca al intrépido *mono sabio* emprenden la marcha, y con la abigarrada concurrencia que se desliza por todas las avenidas, imprime á la ciudad un aspecto de animación extraordinario, del que goza el curioso observador al presenciar la desbandada de diez ó doce mil almas.

Los cafés y horchaterías se llenan como por encanto con la alegre gente que sale de los toros, y en las calles obstruidas por los numerosos grupos que atraviesan por ellas, se oye el

rum-rum característico al comentar con calor los variados incidentes de la corrida.

Los toreros se bajan en el hotel, y empieza la jarana y la diversión íntima con los aficionados y amigos, que dura hasta bien entrada la noche, en que por las calles pregonan los chicos el *Boletín de los toros*.



V.

EL CAFÉ BURRERO DE SEVILLA.

Transición brusca.=Andalucía desde el tren.=Sabor sevillano.=El café Burrero.=El Macareno Perez.=El Baile.=El Cante.=Una Juerga.

Cuando después de dejar las áridas planicies de Castilla y cruzar el campo por donde el manco de Lepanto hizo correr sus aventuras al hidalgo Manchego, se penetra en la región Andaluza, no sé como definir la sensación que sufre el espíritu.

Agobiado como estaba ante la severidad de la naturaleza, ante la contemplación de esos gigantescos monumentos de la edad media, de esas

moles de piedra, viejos testimonios de los tiempos heroicos y de vida asceta; trasportado ante tanta maravilla á las edades culminantes de nuestra historia: viendo á cada paso la torre derruida, el castillo agrietado, la catedral de oscuro tinte, todo ello impregnado de una magestad sombría y solemne fiel reflejo de otros tiempos: viendo el cielo brumoso casi siempre, raquíticas sus praderas, ceniciento su suelo, anémicos el abrojo y la maleza; después de observar todo esto y al penetrar repentinamente en Andalucía, se experimenta una sensación de placidez, de bienestar, que nos hace respirar con fuerza y ensanchar el pecho, en medio de una nota alegre y risueña, como alegre es el cielo y risueña la naturaleza de esta región.

El azul firmamento diáfano como la ilusión del niño, aquel aire embalsamado con el aroma vario y delicado de sus verdes praderas, esmaltadas caprichosamente con los millares de florecillas que la adornan; aquella vegetación lozana, aquellas montañas, aquellas llanuras, verdaderos vergeles de un país soñado; esas blancas casitas que destacan en medio de los variados paisajes; esas pueblos fantásticos, esas ciudades todavía musulmanas con sus minaretes, con sus mezquitas, con sus palcos y con sus esbeltas palmeras: esas mujeres risueñas como las castañuelas, esos hombres bulliciosos y socarrones, ese encanto, ese ambiente jamás visto; esos bosques de olivares, esos naranjales, esos típicos cortijos, esas huertas hermosas, esos

cantos populares, esa entonación que tiene el país andaluz, os cosquillea el espíritu, predisponiéndoos á lo risueño, á lo alegre, á lo retozón.

*
* *

Pasemos por alto á toda la comarca, pasemos por alto á Sevilla, no nos detengamos en su majestuosa catedral, en el paseo de las Delicias, en San Telmo, en Triana, en la calle de la Sierpe, en la Torre del Oro, en las orillas encantadas del Guadalquivir, en el Alcázar; pasemos por alto todas estas maravillas tan artísticamente descritas por los poetas y por los hijos de Apeles, no profanemos su magnificencia tratando toscamente de ellas: quede para los verdaderos escritores la descripción clásica de la calle de la Sierpe por

donde pasa toda la gente *crua* de Sevilla, vaya libremente el torero y la serrana, vaya el señorito y pase la graciosa sevillana y vuelva á pasar la cigarrera, más fresca que las rosas que cuida en su balcón; quede para los poetas cantar el patio andaluz con sus aromas y frescor; canten á la Giralda hermosa, canten y hagan resucitar los tiempos de la media luna al describir el suntuoso Alcázar con sus jardines encantados; canten que la poesía brota á raudales cuando de Sevilla y de Andalucía se trata, y ya que á mi pluma pecadora no le sea permitido abordar empresa tal, huyamos de tanta esplendidez, salgamos presurosos de estos sitios tan celebrados, y vayamos de incógnito por oculta y tortuosa callejuela, penetremos por esa puer-

ta mezquina, y subiendo sin recelo los desiguales escalones oscuros como los ojos de las sevillanas, y retorcidos como busto de cigarrera, penetremos por fin á uno de esos rinconcitos clásicos donde se ha condensado todo lo flamenco, donde se ha refugiado el *cante hondo*, el baile andaluz, donde se esconde el garbo y la *grasia é María Santísima*, donde revolettea el entusiasmo al compás de una guitarra, donde brota la sandunga y el salero, y donde se derraman rios de manzanilla en medio de una atmósfera estimulante que hace olvidar todas las penas.

¡Ah! maresita é mi arma... lo que allí se ve, lo que allí se observa, y lo que allí se goza!!!...

Es el café Burrero una *quisicosa* de tan estraña catadura, que á nada se parece y menos á café; aquello es Burrero, y nada más que Burrero, es decir, un local donde se oye cantar, se ve bailar, y se toman aliñaas y manzanilla como si fuera agua.

El café Burrero está constituido por un local estrecho y largo como látigo de gitano, bajo de techo como sótano de cortijo, que tiene en el fondo un tabladillo alto donde se zarandea á gusto la incansable bailadora, y donde larga sus *jipíos* la bronca flamenca.

Haciendo ángulo con este salón, tiene otro más corto á la altura del tablado, hábilmente dispuesto para sin ser visto por la gente de la bronca, poder ver y escuchar lo que pasa en el tablado, y comunicarse constantemente con las flamencas.

Las no muy limpias paredes del local sostienen algunos menguados cuadros de estilo *cruo* andaluz almazarronados que es un contento: el suelo cubierto de mesas donde se agrupa la *gente del bronce* para jalear á las flamencas; allí toma asiento el serrano cortijero y el gitano fanfarrón; allí acude el artesano para tomar unas cañitas con la suelta cigarrera que corteja; allí va la familia de los arrabales llevando á los *pinreles* que ya dejan asomar sus inclinaciones y entusiasmo flamenco; allí acude el viejo terne perdonavidas de oficio para largar unos cuantos olés! de autoridad con su voz aguardentosa; allí se ven esos típicos grupos de cigarreras y costureras en medio de majos y chulos, de chalanes y medio-señoritos, ellas con su

rosa á la cabeza despidiendo pimienta por todos sus poros, y ellos de chaquetilla y pantalón ceñido, más jacarandosos que *er nuncio*, escupiendo por el colmillo, y mirando de soslayo á todo lo que huele á faldas, sin dejar de largar chistes y cuchufletas á todo bicho viviente que pase por su lado.

El local se llena pronto de una atmósfera particular de humo de cigarro (tagarnina) y olor de manzanilla, que ocasiona la embriaguez del entusiasmo y de la locura.

En el pequeño que forma el ángulo hay unas divisiones de toscas barandillas que limitan pequeños departamentos de una capacidad como para seis personas, que tienen en el centro una resistente mesa rodeada de sillas de paja, y allí es donde for-

man íntima conjunción los señoritos despreocupados, los viajeros curiosos y los preferidos, con esas flamenecas sandungueras que alborotan el cotarro del salón.

En aquellos departamentos abiertos se le saca el dinero al embobado inglés que observa atónito y encendido cuanto pasa á su alrededor; allí se cree trasportado á un mundo ilusorio al contemplar la gracia y las maneras de aquellas mujeres voluptuosas, tan diferentes de las que ve y contempla en la nebulosa Albión: allí corre la manzanilla, allí se escuchan las agudezas, allí se ve el chiste y la gracia para *desfacinar* al *estrangis*, y para complacer al rumboso viajero, ó amante aficionado; allí se habla, y se toca, pero... ni agua... todo lo que se sirve es man-

zanilla, y pare usted de contar, cada flamenca tiene su *gaché* y le son fieles como perros de raza.

A estos departamentos acuden las *niñas* flamencas al *guiñar* una cara desconocida, y allá se cuele la Pepa, la Juanilla, la Nicanora, la Dolores, y allá me vuelven loco al que no sabe ó no puede competir con ellas en *gaznate* y en *salero*.

Astutas como ardillas piden y piden cañitas y más cañitas, y *Vaya por la saludita de usted; y por quien usted más quiera; y por la gracia que Dios le ha dado*, así se desborda el rico vino, y así se pasa la noche entre manotones y condescendencias, en medio de una atmósfera embriagadora, y en medio de un mundo extraño, que subyuga y fascina la primera vez que se acude á Burrero.

Aquel modo de hablar que atrae como poderoso imán, aquellas carnes tan al natural medio pudorosas, medio descocadas; aquel traje manolesco, aquellos mantones de Manila con sus largos flecos, aquellos desenvueltos ademanes, aquella liberalidad cautivan de tal modo, que sin sentirlo se pasa la noche, y viene el día á sorprender al entusiasmado público que no se cansa de saborear tanta y tan agradable emoción.



El tablado es el punto de atracción para el público porque allí está Perez, el simpático y macareno Perez con su parlanchina y retozona guitarra, especie de orquesta flamenca que lleva con sus acordes el fluido mágico del *cánte* y del baile andaluz.

Cara bonachona y rasgos truanescos, tupé torero, traje flamenco distintivo, camisa de plaza, chaquetilla y pantalón ceñido, ya tenemos al hombre: gran zapateador, sus piernas deben ser de acero por lo resistentes y de goma por lo flexibles: su cuerpo se culebrea por las contorsiones que le hace sufrir el entusiasmo.

Toma la guitarra, rasguea con garbo y precisión, tan pronto golpea como pasa suavemente sus dedos por el mástil, reposado primero no tarda en principiar el compás con los pies, los va moviendo cada vez más, quiebra el cuerpo torero que Dios le ha dado y concluye por levantarse nervioso del banco, y tocando á la par inicia un zapateado y un repiqueteo sobre el tablado que

vuelve loco á quien contempla aquel cuerpo, manajo de nervios que se agitan y retuercen sin sentir fatiga ni descanso.

Este es Perez, el cruo y macareno Perez que se pasa toda su vida bailando y rasgueando la guitarra para acompañar á todo *cantaor* ó *cantaora*, de valía, en la perla del Guadalquivir, y quien sostiene el fuego sagrado del cante y del baile en la tierra de María Santísima: este es el digno sucesor del gran Silverio.

Rodean á Perez una docena de buenas mozas más cruas y sandungueras que el bolero, jóvenes de gracia y salero, que unas cantando, otras bailando, esta por lo *jondo*, aquella por lo fino, una *jaleando*, otra *jipando*, y todas dando cuanto pueden dar de flamenco y clásico en

cánte y baile andaluz, para enloquecer al apiñado público que todas las noches acude á Burrero desde las ocho hasta el amanecer.

*
* *

Allí está la Nicanora, mujer de *búten*, de mucho aguante y buenos cimientos, frescota y rosada más que la flor que adorna su peinado: cara picaresca, ojos zaragateros por lo grandes y rasgados, mirada asesina que produce choque, cintura de junco, pies tan chiquititos como enredadores.

Viste de percal la falda que le arrastra, y ceñido al exuberante busto un pañolón de Manila de largo fleco, que no se atina como puede quedar tan artísticamente colocado, para sin ocultar la cintura y parte del seno,

venir á darle un aire tan retrechero que cautiva á todo el que la mira.

Principia á oirse el rasgueo de la guitarra, acompañan los palitroques chocando en las sillas, empiezan las pataditas de las *niñas*, brotan los olés! en el tablado, y la Nicanora moviendo con majestad sus anchas caderas se planta en el centro y queda por unos momentos como una estatua digna del cincel de Fidias.

Se oye el repiqueteo de sus pies, se ve el culebreo de su cuerpo, ondulan sus caderas, principia el movimiento de sus rósaos brazos, empieza el zarandeo, juega su alabastrino cuello y su cabeza fascinadora, y ora sacudiendo las palmas, ora retorciendo sus remos y agachándose y estirándose como lasciva tentación, y avanzando y retrocediendo

como la lujuria, y animándose por grados hasta el *molinete*, llega al momento culminante en que haciendo todo á la vez, y retorciendo su talle como flexible junco, y respirando aceleradamente, estallan los *Olé por tu mare!!... ¡Bendita sea tu gracia!!... ¡Ole por lo güeno! ¡Olé por la jembra é trapio!* y brotes calurosos de entusiasmo que enardecen más y más á la *bailaora* y enloquecen á todo el público, que no pierde movimiento ni postura, ni escarceo ni patadita, ni quiebro, ni taconeó.

La cabeza mejor asentada, el espíritu más sereno, no resiste tan fascinadora tentación.

La bayadera con sus contorsiones no llega á donde alcanza la bailadora andaluza: la bayadera no enardece como esta: aquí hay más arte, más

viveza, más espresión, superior al voluptuoso abandono de aquella: hay en la andaluza una mezcla de recato y descocamiento, de lascivia y de pudor, de resistencia y abandono, que ni el Asia ni el Africa pueden producir: esto ha brotado del suelo de Andalucía, ha surjido de estas imaginaciones esplosivas, de estas pasiones candentes como lava de volcán, que solo en el pecho andaluz pueden tener cabida.

Esto no se enseña, esto no se aprende, esto nace con la andaluza sobre quien la naturaleza ha derramado toda su gracia, todo su salero y toda su sandunga.

¡Olé por las bailaoras!

Una ovación unánime atronadora termina el baile, y la Nicanora llamada de todos los reservados que la

admiran, tiene para todos una sonrisa, una gracia, un chiste, y la bastante resistencia para las cañitas de manzanilla que la brindan incesantemente.

*
* *

Vuelve otra vez á oirse el rasgueo de la guitarra pero en ritmo cadencioso, gime bajo los dedos de Perez, se oyen las palmas de las hembras del tablado, y el salón queda mudo.

La Juanilla se sienta al lado del *locaor*, y batiendo las palmas y meneando sus diminutos pies á éstraño compás, larga un gemido prolongado que va poco á poco creciendo y termina por una especie de suspiro melancólico, vago como la ilusión, y tierno como un idilio.

¡Olé tu mare! ¡Olé por lo güeno!
esclaman de muchas partes á la vez.

La Juanilla vuelve á gemir melancólicamente entornando los ojos y zarandeando algo la cabeza, y al primer rasgueado fuerte de la guitarra ataca una soleá de estilo que no hay más que pedir:

Várgame Dio é mi via
lo que quiero á ese gaché,
er dia que no le veo
lo retrato en la paré.

¡Venga de ahí! ¡Tu mare! ¡Olé por el cante! ¡Oh... olé!... vuelven á esclamar en el tablado y en el salón, y la Juanilla animándose por grados larga suspiros de su flexible garganta que entusiasman á todo el que la escucha.

Trina con un gracejo y una inflexión tal, modula de tal manera, y

satura su canto de un sentimentalismo tan arrullador, que sin quererlo trasporta al oyente á uno de esos santuarios árabes donde se desborda la melancolía y la pasión en medio de una atmósfera embriagadora saturada de arábigos perfumes, teniendo delante los pálidos reflejos de la luna que bañan con su tibia luz á la mujer preferida que os está fascinando.

Esas cadencias del cante flamenco, incisivas como súplica amorosa, esos suspiros prolongados acariciadores como la pasión, ese ritmo vago y poético que brota espontáneo del pecho de la *cantaora*, recuerda á la esclava hurí que cantando en dorado minarete suspirara quejumbrosa para obtener el cariño del sultan que la escucha adormecido.

El *cante* flamenco si bien es la herencia que el árabe dejó en Andalucía, tiene actualmente su expresión propia y genuina: incubado por el pueblo árabe ha nacido en la tierra de *María Santísima*, al calor de la poesía y encanto que tiene su suelo y tiene su cielo; ha nacido de esas pasiones ardientes, de esas imaginaciones explosivas, de ese temperamento soñador, de esa atmósfera embalsamada, y de ese todo mágico y poético que Dios ha derramado allí, y por eso que solo allí se escuche, y solo allí aparezca el genio que exprese lo vago, lo melancólico, lo arrullador, lo poético, lo tierno, lo vaporoso, en fin, el *cante* flamenco.

La Juanilla radiante de entusiasmo, en medio de un público que la *jaléa* y aclama de mil modos, larga

copla tras copla, y lo mismo ataca el polo como un jaleo gitano, hasta que levantándose airosa y sandunguera deja el puesto á otra, refugian-dose en un reservado donde corre la manzanilla á torrentes, como ella quiera, pues es soberana su volun-tad en aquel momento.

*
* *

La guitarra del incansable Perez repiquetea alegre y retozona, sus cuerdas despiden chispas de alegría, y todos los del salón saltan de sus asientos, movidos por el incitante ritmo de *las sevillanas*.

Allá va la Dolores, la simpática y querida Dolores con unos ojos que parecen áscuas, provocativos y bai-ladores como ellos solos, con una son-risita retozona que le hace aparecer

los hoyitos en las megillas, hoyitos celebrados en Burrero, lo mismo que su desvergonzada nariz, nariz algo remangada que le imprime un aspecto socarrón y malicioso como las sevillanas que acostumbra á cantar.

Toma asiento al lado de Perez y sonando las palmas larga esta copla:

Para caras bonitas
mamita, la macarena,
la macarena.

Para cuerpos grasiosos
salero, la que lo tenga.

Y al estribillo,
una pulga saltando
quebró un lebrillo,
la tinaja del agua,
y el perrenguillo.

*¡Juy! chiquiya... venga de ahí!
¡Viva la gracia! ¡Vaya por er sale-
ro é la tierra!... esclaman entusias-*

mados de todos los rincones del café, sacudidos por el alegre canto de la Dolores, que acaba de electrizar á todo el mundo.

Larga copla tras copla con picaresco donaire y provocativa gracia, y llega un momento en que todos participando de la general locura, sisean y *jalean* hasta que termina el canto en medio de una algazara propia tan solo de Burrero.

*
* *

Vuelve el baile clásico, sigue lo *jondo* del cante, aparece el bolero con cuatro macarenas de gran rosetón, y un par de *gachés* mas *cruos* que un pepino, y en estas andanzas donde suenan las castañuelas y se lucen los trajes Jerezanos, y ya muy entrada la noche sale á relucir la

pantomima, ó cuadro de costumbres andaluzas interpretado por toda la *gente del bronce*, de la manera más patibularia que se puede concebir: un biombo pintarrajeado sirve de decoración, trajes de contrabandistas armados de descomunales trabucos, sale la marquesa, sale un muñeco que figura su hijo, aparece el *sietemesino* que recibe unos cuantos culatazos en medio de la hilaridad general, y termina con un baile entre Juan Palomo y la marquesa, coreado por todas las chiquillas y *gachés* del tablado; así da remate la diaria función de Burrero, escepto cuando de algun reservado donde sin cesar corre la manzanilla esperan el despejo para inaugurar una *juerga* en regla, donde se baila encima de la mesa, donde se canta por todo lo alto,

y donde chisporrotea la gracia *é*
María Zantísima.

En estas juergas es donde se aprecia debidamente el cánte y el baile: estimuladas las macarenas por los requiebros incesantes, por las cañitas de manzanilla; sustraídas á las miradas indiscretas de los soplones, se muestran tal cual ellas son, expansivas y zaragateras, locuaces, chistosas y condescendientes, para bailar encima de la mesa sin tropezar en las cañas, mostrando un cuerpo de sílfide digno de un rey.

Allí se canta con inspiración espontánea verdaderamente artística, imprimiendo giros nuevos, é inventando cadencias de acuerdo con el estado del ánimo.

Se llega al frenesí de la locura, no se ve más que cuerpos tentadores,

posturas lascivas, contorsiones de sirena, movimientos voluptuosos, y no se oyen más que suspiros lánguidos y prolongados, trinos zalameros y arrobadores, cadencias sentimentales, que alternan con el chisporroteo de las alegres *sevillanas*; notas incisivas y bailadoras que concluyen por trastornar la cabeza, no percibiéndose en último término sino los golpes de la guitarra, y el eco confuso de las armonías adormecedoras, pero bajo un estado ideal y poético, especie de arrobamiento que sin quitar la noción del ser, nos sume en un dulce ensueño, hasta que los intempestivos y audaces rayos del sol nos sacuden con viveza al chocar en el rostro, llamando al orden y como quien dá la voz de alerta.

¡Con que pesar se termina la ja-

rana! ¡Con que sentimiento se deshace la íntima reunión!

No son pocas las veces que sin reparar en el astro rey, ha seguido la juerga hasta que era preciso dar entrada en el local á la gente que acude cotidianamente, es decir á las ocho de la noche: pero lo frecuente, lo establecido es terminar la *juerga* con la salida del sol.

*
* *

Burrero queda por fin en el silencio, pero parece como si de sus paredes brotaran los *olés* y las exclamaciones entusiastas; el tablado repercute los ecos melancólicos, y el alegre repiqueteo de las bailadoras; se huele á manzanilla, como se cree percibir la ondulación de la guitarra de Perez, y hasta cuando se

mueve una silla parece que es el choque de las castañuelas.

Allí todo es macareno, todo terne, todo genuinamente andaluz; allí se respira alegría y buen humor, allí se goza de la vida, y allí se dá uno cuenta del porque, y para que hemos nacido.

De Andalucía Sevilla; de Sevilla el café Burrero.



VI.

¡¡ADIOS!!

Felicidad completa, aspiraciones satisfechas, delicia en derredor ¡cuán poco duraste!...

¡Destino traidor y envidioso! ¿por qué te gozas en arrebatarme la dicha? ¿por qué vienes á robarme lo más grato al corazón? ¿por qué me alejas de la Patria, de la familia y de los amigos?...

¿Por qué me martirizas después de haber pasado un largo calvario en el trascurso de mi vida?

¡Otra vez la lucha!... ¡otra vez el destierro!... ¡otra vez alejado de la Patria!...

¡Adelante, y á luchar!...

Los dias han pasado fugaces como el pensamiento, el tiempo ha trascurrido veloz como la idea!... y ha llegado el momento amargo de la partida.

¡Traidor destino! ¡maldito seas!

*
* *

La tarde estaba fria y destemplada; por intervalos azotaba el rostro una menuda neblina propia de Valladolid que penetraba hasta los huesos: las calles estaban intransitables llenas las aceras de un batido barro que obligaba á caminar con extrema precaución para no resbalar.

Las vidrieras del *rinconcito* estaban empañadas, dándole un aspecto de vidrio esmerilado; iba para gozar por última vez de aquella reu-

nión tan amena, quería disfrutar más y más de aquella sociedad, pero mi permanencia aquella tarde fué dolorosa!

Todo lo miraba yo, como puede ver el avaro que entra en agonía, el tesoro preciado que no puede llevar consigo: pretendía no acordarme que á la mañana siguiente debía abandonar la ciudad; quería sustraerme á esta idea para como otros dias deleitarme allí, pero todo era inútil, la despedida de un amigo venía á deshacer mi ilusión: aquellas despedidas, aquellos efusivos apretones, aquel lenguaje mudo me producía verdadero dolor.

Llegó la noche y dejé el *rinconcito* con un pedazo del alma; no se por donde fuí á casa, el mundo parece que gravitaba sobre mi, una

olla de grillos aturdió mi cabeza, y una especie de insensatez se apoderó por completo de mí: no era hombre capaz de pensar en nada, la memoria, la imaginación, las ideas habían huido de mi cerebro, estaba convertido en un ente que lo mismo podría reír como llorar sin experimentar sensación alguna; por eso aquella noche que debía haber sido de insomnio, de vigilia, dormí como una marmota y hasta soñé (oh sarcasmo) que daba un banquete á mis amigos en el mismo local del rinconcito sin pensar en partida ni cosa parecida.

Temprano me despertaron porque la hora se acercaba, una puñalada en el pecho no me hubiera producido más daño seguramente; recordé el viaje con toda su amarga realidad, y los mundos y maletas em-

pezaron á ser arrastrados groseramente para bajarlos á los ómnibus.

Tenía oprimido el corazón, tenía deseos de prorrumpir en ruidoso llanto, pero supe dominarme, y aparecer tranquilo cuando se me partía el corazón de pena.



La mañana estaba fria en extremo, el aliento al salir por la boca producía densos penachos de vapor; los charcos estaban trasformados en espejos de súcio vidrio: los árboles se habían revestido de blancas florescencias que les daban un aspecto fantástico; los muros y los bancos del paseo del Campo Grande estaban orleados de una blanca escarcha, y el bosque matizado por el hielo había tomado un aspecto poético.

En la estación del ferro-carril se veían los tejados blancos por la fuerte helada: allí estaban esperando los amigos y la familia sufriendo los rigores de la cruda mañana.

Vino la hora!... no podía desprenderme de aquellos brazos amantes: subí al tren no se como!... silbó la locomotora, se puso en marcha el convoy, ondearon los pañuelos... y el mundo parece que se había concluido!

¡Que rato tan amargo! que cruel momento!...

Todavía al trazar estas líneas siento los estremecimientos del dolor!...

¿Hasta cuando?

FIN.

ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
Dedicatoria,	3
CAPÍTULO I. La Patria.=Llegada.=En el Pueblo..	5
II. Valladolid.=Paisages Castellanos.= Llegada.=La ciudad desde el mirador.=Trasformaciones.=Universidad.=El Museo.=La Biblioteca.=La Catedral.=San Pablo.=San Gregorio.=Ciudad antigua.=La Plaza.=El Pisuerga.=El Campo Grande.=La ciudad nueva.=El Rinconcito querido.	35
III. Las Ferias.=Aspecto general.=Fuegos artificiales.=El ferial del ganado.=Al aire libre =El Sacamue-	

	<u>Páginas.</u>
las. = La Metempsicosis en una barraca. = Distracciones diversas. . .	103
IV. Las corridas de Toros. = Preliminares de las corridas. = A las puertas de la plaza. = El redondel. = La animación. = El despejo. = Salida del toro. = La pica. = Las banderillas. = La suerte suprema = Lagartijo y Guerrita.	127
V. En el Burrero de Sevilla. = Transición brusca. = Andalucía desde el tren. = Sabor sevillano. = El café Burrero = El Macareno Perez = El baile. = El cánte = Una juerga. . .	167
VI. ¡Adios!...	197

FIN DEL ÍNDICE.

